

**PUESTO QUE SOY SIERVO DE TODOS,
ESTOY OBLIGADO A SERVIR A TODOS¹
Presidir es servir al pueblo de Dios desde la
Comunión en la Eucaristía.
La Eucaristía, reto para la Comunión.**

Manuel Sánchez y Sánchez

Centro de Estudios Teológicos de Sevilla

1. UNA MIRADA DESDE EL CONCILIO VATICANO II

El Concilio Vaticano II, como acontecimiento del Espíritu en la Iglesia, es punto de referencia para una mirada² eclesio-

¹ Tomado de los escritos de San Francisco. Carta segunda de San Francisco de Asís a los fieles, v. 2.

² San Bernardo realiza un planteamiento en *De consideratione* Lib. II, I, 4, que tomamos de un artículo de Santiago Madrigal para la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Madrid: "Propongo, pues, unas reflexiones de tono histórico y sistemático que adoptan como género teológico la *consideración*. A estas consideraciones en torno a *Ut unum sint* antepongo aquellas mismas palabras que su inspirador dirigía a Eugenio III: "Non est meae humilitatis dictare tibi sic vel sic fieri quidquam. Sufficit intimasse oportere aliquid fieri, unde et Ecclesia consoletur, et obstruatur os loquentium iniqua. Haec pauca vice apologiae dicta sint» (Lib. II, I, 4). En efecto, a modo de apología, pues pienso que la sugerencia papal encierra una invitación a caminar en la línea de una renovación de la morfología del papado y representa, por consiguiente, un impulso importante en la recepción del Vaticano II, a la búsqueda de nuevos equilibrios entre lo colegial y lo primacial, la Iglesia local y la

lógica hacia la comunión. Una de las aportaciones del Concilio Vaticano II más destacadas en casi todos los comentarios ha sido el redescubrimiento del carácter ministerial de la sagrada potestad, es decir el espíritu de servicio con el cual debe entenderse y ejercerse la autoridad jerárquica³.

Desde este planteamiento desarrollamos esta reflexión que tiene su origen en la Asamblea del Clero, que en el marco del Plan Pastoral *Por tu Palabra echaré las redes*⁴, se celebró el pasado año. Junto con la Asamblea de los laicos, en el presente curso, serán un medio eficaz para reflexionar sobre los XXV años de ministerio episcopal del Cardenal Amigo Vallejo. El magisterio del arzobispo de Sevilla es abundante, pero utilizaremos como recurso las cartas escritas con motivo de estos dos acontecimientos. Aunque XXV años son un suspiro para Dios⁵, para nosotros es una parte fundamental de nuestras vidas, trataremos de proponer retos y pistas para el camino que ya otros anduvieron y que otros andarán. Somos herederos de una Iglesia abierta, plural, que va más allá de lo que podemos, debemos o dejamos de hacer los hom-

Iglesia universal, la pluralidad en la unidad. El tema de consideración es, pues, la forma colegial del ejercicio del primado; voy a recrear libremente aquellos cuatro momentos que Bernardo de Claraval proponía a Eugenio III como materia de consideración (Lib. II, III, 6): «*tú mismo*» (el primado en una eclesiología de comunión), «*lo que está debajo de ti*» (pueblo de Dios en comunión), «*lo que está alrededor de ti*» (episcopado y doctrina de la colegialidad), «*lo que está sobre ti*» (origen trinitario de la comunión eclesial)».

³ También la Constitución Apostólica *Sacrae disciplinae leges* señala, entre los principales elementos que contribuyeron a la renovación eclesiológica realizada por el Vaticano II, la doctrina que presenta “a la autoridad jerárquica como un servicio” AAS, 75, pars II, p. XII.

⁴ Diócesis de Sevilla, “*Por tu Palabra, echaré las redes*”. *Una Iglesia impulsada por el Espíritu*. Plan Pastoral Diocesano (2004-2008) especialmente las pp. 13-15.

⁵ Parece un ayer cuando nos entregaban, a los entonces seminaristas, el volumen *Hombre Magnánimo y Libre* que el CET realizó como homenaje a la Figura del bendito Cardenal José María Bueno Monreal.

bres que la servimos. Con ello agradecemos a Dios el don de un hombre que ha marcado nuestras vidas. Agradecemos la intensidad de la dedicación, el tiempo empleado y lo bueno sembrado en nuestra tierra.

La *Lumen Gentium* en su tercer capítulo, dedicado a la constitución jerárquica de la Iglesia, afirma desde el comienzo que “los ministros poseedores de la sagrada potestad están al servicio de sus hermanos”⁶. Más adelante, antes de precisar la triple modalidad del oficio episcopal, vuelve a subrayar que su encargo “es un verdadero servicio y en la Sagrada Escritura se llama muy significativamente ‘diaconía’, o sea ministerio”⁷. Con particular fuerza se recuerda en el n. 27/a y c –que trata del oficio de regir de los Obispos– que la potestad en la Iglesia es un poder para el servicio. Otras referencias a esta característica de la sacra potestas se encuentran a propósito de los presbíteros⁸ y de los diáconos⁹, y también en otros documentos conciliares.

Así como sucedió con el redescubrimiento de la Iglesia particular y del Colegio episcopal, también por lo que respecta a la ministerialidad se han registrado, en la época postconciliar, exageraciones y acentuaciones unilaterales, que han llevado a algunos a contraponer, de un modo más o menos explícito, derecho y pastoral, potestad y ministerio, autoridad y servicio. No nos detenemos en esto, ya que se trata de contraposiciones que han sido recordadas y refutadas en múltiples ocasiones¹⁰.

Algunos han interpretado esta nueva imagen de Iglesia como una verdadera catástrofe (el obispo Lefebvre) o como un

⁶ AA.VV., *Concilio Vaticano II*, BAC, ed. De la CEE, 2ª ed., Madrid 1980. Constitución *Lumen Gentium* (en adelante *Lumen Gentium* o *LG*), 18/a.

⁷ *Lumen Gentium*, 24/b.

⁸ *Lumen Gentium*, 28.

⁹ *Lumen Gentium*, 249.

¹⁰ Arturo Cattaneo. “La fundamentación eclesiológica de la Curia Romana en la Pastor Bonus”, *Ius Canonicum* 30 (1990) 39-57.

arrodillarse de la Iglesia ante el mundo (Jacques Maritain). En realidad, en el Vaticano II la Iglesia regresa a sus orígenes bíblicos y primitivos, a la eclesiología del primer milenio, que fué una eclesiología de *koinonía* para usar la palabra bíblica que expresa comunión: comunión con el Dios Trinitario por Cristo en el Espíritu; comunión de todos los fieles en la iglesia local, reunida por la eucaristía, presidida por el obispo y sus ministros; comunión de las iglesias locales en la colegialidad episcopal presidida por el Papa; deseo de comunión ecuménica con las demás Iglesias cristianas; comunión en fin con la Iglesia que ha llegado a su plenitud definitiva, con María y los santos. Esta eclesiología es un punto fundamental en las relaciones ecuménicas, especialmente con las ortodoxas, puesto que el volver a los orígenes, el definir el primado como *diakonía*, nos acercará en la unidad con nuestros hermanos ortodoxos¹¹. Esta misma eclesiología de comunicación favorece el diálogo con el mundo contemporáneo, al que se ofrece el evangelio y del que aprende¹².

Los vaivenes de los años posteriores al Concilio Vaticano II, además de tanto bueno como ha aportado, nos lleva a

¹¹ “La primacía no es una noción legalista que implique la investidura de poder de un cierto individuo, sino una forma de *diakonía*. Implica también que este ministerio llegue a toda la comunidad gracias a la comunión de las Iglesias locales manifestada mediante los obispos que forman el concilio o el sínodo. Es por esto por lo que el primado debe ser el jefe de una Iglesia local, es decir, un obispo. Como jefe de una Iglesia local, y no como individuo, servirá a la unidad de la Iglesia como una *koinonía* de Iglesias plenamente constituidas y no como un collage de partes incompletas de una Iglesia universal. El primado de este modo no minará la integridad de ninguna Iglesia local”. Ioannis Zizioulas, metropolitano de Pérgamo, analiza el debate entre católicos y ortodoxos respecto al primado. Entrevista para 30Días.

¹² “El concilio es un acto solemne de amor a la humanidad”, dirá Pablo VI en la sesión de apertura del último período conciliar (10 de septiembre 1965). Y en la clausura del Concilio (diciembre 1965) el mismo Pablo VI dirá que el Vaticano II ha tenido ante la humanidad la actitud del buen samaritano del evangelio.

una situación eclesiológica confusa. Y en esta situación nos encontramos, herederos de este sentimiento casi de frustración, o al menos de desorientación... no sabemos claramente por donde caminar, es claro para todos que la centralidad en Cristo, y la vida comunitaria y sacramental en la Iglesia nos harán auténticos cristianos, pero no sabemos como hacer fecundo, o al menos más fecundo, nuestro deseo de evangelizar. Es cierto, por otro lado, que esta mentalidad es muy occidental, pues en otros continentes la realidad es distinta, pero a nosotros nos ocupa, en este momento, preguntarnos por lo que hacemos.

El mismo Juan Pablo II convocó en 1985 un Sínodo extraordinario de obispos en Roma para evaluar el Vaticano II, era necesario clarificar el camino para continuar llevándolo a cabo. El resultado de la evaluación fué positivo, pero se optó por reemplazar el concepto de Pueblo de Dios del Vaticano II por el de Cuerpo de Cristo...¹³ que utilizaremos al final de esta reflexión para fundamentar una eclesiología de comunión en una eclesiología eucarística.

A esta situación del Postconcilio contribuyeron también sin duda los límites del mismo Vaticano II. Como toda obra humana, el Vaticano II tuvo sus deficiencias. Hubo temas que Juan XXIII prohibió tratar, como el del celibato sacerdotal. Pablo VI, para lograr una máxima unanimidad en las votaciones, acogió todas las enmiendas de los grupos más tradicionales (los llamados “modos”), hasta tal punto que en muchos documentos hay una yuxtaposición de teologías más que una visión unitaria, lo cual permite diversas lecturas del Vaticano II.

Otra deficiencia es que en muchos casos el Vaticano II no dió disposiciones concretas para estructurar una eclesiología

¹³ Sínodo extraordinario de 1985, *Relación final*, II, C, 1.

de comunión. Así, nada se dijo de la forma de elegir a los obispos, ni de la relación entre nuncios y conferencias episcopales, ni de la relación entre Colegio de obispos y Colegio de cardenales¹⁴.

Es, por tanto, que esta sensación de dispersión, de desorientación, de distintos estilos contrapuestos en la Evangelización proviene de las distintas eclesiologías que aplicamos en nuestra pastoral, dependiendo de nuestra formación, del grupo al que pertenezcamos o de las influencias recibidas.

Para reflexionar sobre la eclesiología de comunión hay que plantearse el ser en Iglesia y la participación en la misión eclesial al mundo.

Cuando hablamos del fiel cristiano, el mejor término es el nombre de hijo (de Dios) como el que mejor expresa su ser y, en todo caso, como el nombre que el creyente se da implícitamente a sí mismo cuando en la oración del Padrenuestro invoca a Dios como Padre.

Como consecuencia de ese ser-en-relación con Dios que se define en términos de vinculación filial, podemos afirmar la llamada a la santidad del cristiano, como don y como vocación. El Padre es no sólo el modelo según el cual los creyentes deben ser perfectos y misericordiosos, sino que su condición de hijos es el motivo por el cual han de ser santos, porque

¹⁴ Pero tal vez el vacío mayor fue la falta de atención al tercer mundo, al mundo de los pobres. Los protagonistas del Vaticano II fueron en gran parte obispos y teólogos de Centroeuropa, en general poco sensibles al mundo de los pobres. Por otra parte, los obispos del Tercer Mundo tampoco hicieron escuchar suficientemente su voz, pues ni ellos mismos eran conscientes de la gravedad de la situación de injusticia y pobreza de sus países. El ideal del Papa Juan de que la Iglesia de los pobres fuese el rostro de la Iglesia conciliar (11.9.62), tuvo que esperar a la reunión de los obispos latinoamericanos en Medellín (1968) para comenzar a plasmarse.

y como su Padre celestial lo es. Pero además, la posibilidad misma de ser santos de este modo, no existiría si no fueran ya hijos, es decir si no estuviera de por medio la nueva generación, la re-generación. Pueden ser santos porque han sido hechos hijos. En la participación del Espíritu de vida y santidad, está la fuerza para una vida santa.

Desde esta convicción podemos tratar: el ser en Iglesia y la misión al mundo. El ser en Iglesia es, desde el punto de vista de la koinonía, la pertenencia a un nosotros. Es lo que la conciencia creyente asume invocando al Padre como Padre nuestro, interpelándolo, desde su caridad colectiva, con el Hijo y todos los creyentes. Tratar del ser en Iglesia es por lo tanto prolongar el estudio del sistema pertenencial divino-humano, trinitario-ecclesial. Es mostrar la koinonía como comunicación y participación de los hombres en el nosotros divino. El ser en Iglesia es, a nivel de conciencia y actitudes, el existir vinculado, el vivir perteneciendo, aproximado: al Padre por la relación filial; al Hijo por la participación en su filiación, en su actitud obediente y por la comunión en su sangre; al Espíritu por su inhabitación santificadora, que nos hace familia de Dios y templos donde vive.

El ser enviado al mundo es participación en la misión del Hijo hecha posible por la donación y participación del Espíritu Santo.

No habría mucho más que agregar para mostrar cómo se articulan lógicamente entre sí estos cuatro aspectos, a través de los cuales pretendemos penetrar en la razón del ser del todo de la existencia creyente¹⁵.

¹⁵ En su discurso a la Comisión Bíblica del 14-III-1974, Pablo VI citaba estas palabras del P. M. J. Lagrange: "No se podría encontrar el sentido del cristianismo por medio de un mero amontonamiento de textos, si no se penetra hasta la razón de ser del todo. Es un organismo cuyo principio vital es único" P. M. J. Lagrange, en: *Le Sens du Christianisme d'après*

Trataremos de insistir en el enfoque pertenencial, un ser en Iglesia desde la koinonía, que nos lleva a la misión al mundo desde el estar plenamente en el mundo, pero sin pertenecerle: vivir en él sin pernoctar en él, como se nos dice en términos neotestamentarios.

2. LA ECLESIOLOGÍA DE COMUNIÓN EN EL NUEVO TESTAMENTO¹⁶

La eclesiología de comunión en el Nuevo Testamento tiene en el grupo de palabras “koinoo-koinonía” una expresión privilegiada y que permite comprender la complejidad de la comunión eclesial. Se ha dicho que koinonía¹⁷ (*κοινωνία*) expresa la quintaesencia de la comunidad de la Nueva Alianza, o sea del nuevo pueblo de Dios que es la Iglesia, y que el término expresa el propio y verdadero sentido de la vida cristiana. Es un término bíblico central para una teología de la vida cristiana¹⁸.

l'exégèse allemande, Paris, 1918, p. 325. Los análisis que hacen perder de vista el todo pueden ofrecer su utilidad, pero han de complementarse con la visión sintética, la cual nunca se ha de perder de vista, sobre todo en cosas de fe.

¹⁶ En esta parte del artículo se utiliza el griego y el término castellanizado para facilitar la comprensión y mejor lectura de la misma.

¹⁷ Mi gratitud a mi buen amigo Francisco Javier Gómez cuyo trabajo conjunto ha permitido desarrollar este apartado, y ha corregido y matizado todas las expresiones en griego clásico.

¹⁸ “The biblical koinonia provides a new interpretation of Christian life which itself adds to the originality of the NT koinonia... The entire move of koinonia is towards the Son and in Him to the Father. But this vertical mover really produces a horizontal dimension. Christ is set as the focal referring point of both the vertical and horizontal dimension of koinonia. Without his mediation no move in any direction is possible. Seen in this light koinonia expresses the real sense of Christian life. And as such could it not be interpreted as the quintessence of the new covenant community of the New Testament?”; George Panikulam, *Koinonia in the New Testament. A Dynamic Expression of Christian Life* (Analecta Bib-

Koinonía expresa la membresía (fellowship) característica del pueblo de la Nueva Alianza¹⁹, y califica apropiadamente el modo propio que tiene la pertenencia y la participación, en el sistema de los vínculos que unen a Dios y a los hombres en la Iglesia.

El término expresa por igual los vínculos que unen a los fieles con Jesucristo, con el Espíritu Santo y con el Padre entre sí. Koinonía se usa pues indiferentemente en el Nuevo Testamento para lo que, fuera de él, se ha distinguido como dimensión vertical y dimensión horizontal. Podría preguntarse si el distingo no es sólo ajeno al contenido del término, sino también contrario a él. Y si no es también ajeno y contrario al mensaje del Nuevo Testamento. Precisamente la insistencia neotestamentaria recae en mostrar que se ha abolido la distancia y la separación entre Dios y los hombres, particularmente los creyentes. Y es a partir de la abolición de esa distancia y del establecimiento de vínculos de cercanía entre Dios y los creyentes, que el Nuevo Testamento postula abolir las separaciones entre los hombres y “derribar los muros del odio” (Ef. 2,14).

lica, 85), Roma, 1979, p.142. El autor, de la Diócesis de Trichur, India, dice en el prólogo que ha elegido el tema porque proviene de una cultura donde la pertenencia (fellowship) es muy relevante: “Coming from a cultural background where the Church can have a real relevance in terms of fellowship, it was our cherished interest to study the concept of fellowship in the N.T”, p.5.

¹⁹ “It is here (Hech 2,42) that the author introduces the syntesis of life of the new community. As through the interior transformation of the law (Jer. 31, 33) and the permanence of the Spirit (Ez. 36, 27). Yahweh made Israel a new people, so also her we have through the working and permanence of the Spirit and through the persereverance in the context of God’s realised plan of salvation, a new community. A community which shapes itself into the needs and imperatives of this new plan of salvation realised in Christ. It is the Spirit that forms and vitalises the community into this realisation, giving it a spiritual basis and an external realisation. Hence fellowship in our view is the synthesis of the life of this community of salvation”; Panikulam, o.c., p. 124.

Esta koinonía es fundamentalmente trinitaria, y desde el ágape trinitario surge la comunión en la comunidad trinitaria. Es una koinonía con el apóstol y todo lo que significa. Los fieles que reciben el testimonio de la predicación apostólica con fe, tienen koinonía con el Apóstol (1 Jn. 1,3; Flm. 17).

Los que participan en el evangelio, en la fe, en los trabajos y padecimientos apostólicos, comparten la misión evangelizadora y apostólica, son koinonoi, compañeros, socios, aparceros suyos y tienen koinonía con él.

“Sabemos que como sois solidarios (koinonoi) con nosotros en los padecimientos, así lo seréis también en la consolación” (*καὶ ἡ ἐλπίς ἡμῶν βεβαία ὑπὲρ ὑμῶν εἰδότες ὅτι ὡς κοινωνοὶ ἐστε τῶν παθημάτων, οὕτως καὶ τῆς παρακλήθειας*) (2 Cor. 1,7); “Tito es compañero (koinonos) y colaborador mío para vosotros” (*εἶτε ὑπὲρ Τίτου, κοινωνὸς ἐμὸς καὶ εἰς ὑμᾶς συνεργός· εἶτε ἀδελφοὶ ἡμῶν, ἀπόστολοι ἐκκλησιῶν, δόξα Χριστοῦ*) (2 Cor. 8, 23); te recuerdo en mis oraciones, pues tengo noticia de tu caridad y de tu fe para con el Señor Jesús y para bien de todos los santos a fin de que tu koinonía en la fe se haga eficiente mediante el conocimiento de todo el bien que hay en nosotros en orden a Cristo” (*ὅπως ἡ κοινωνία τῆς πίστεώς σου ἐνεργῆς γένηται ἐν ἐπιγνώσει παντὸς ἀγαθοῦ τοῦ ἐν ἡμῖν εἰς Χριστόν*) (Flm. 6); “Por tanto, si me tienes a mí como koinonon, recíbelo (a Filemón) como a mí mismo” (*εἰ οὖν με ἔχεις κοινωνόν, προσλαβοῦ αὐτόν ὡς ἐμέ*) (Flm. 17); “Traed a la memoria los días pasados, en que después de ser iluminados, hubisteis de soportar un duro y doloroso combate, unas veces expuestos públicamente a ultrajes y tribulaciones, otras, haciéndoos solidarios (*κοινωνοι*) de los que así eran tratados” (*τοῦτο μὲν ὀνειδισμοῖς τε καὶ θλίψεσιν θεατριζόμενοι τοῦτο δὲ κοινωνοὶ τῶν οὕτως ἀναστρεφόμενον γεννηθέντες*) (Heb. 10,33); “Doy gracias a Dios cada vez que me acuerdo de vosotros, rogando siempre y en todas mis oraciones con alegría por todos vosotros, a

causa de la koinonía vuestra al evangelio” (*ἐπὶ τῇ κοινωνίᾳ ὑμῶν εἰς τὸ εὐαγγέλιον ἀπὸ τῆς πρώτης ἡμέρας ἄχρι τοῦ νῦν*) (Flp. 1,5).

La vivencia de esta koinonía se manifiesta, en primer lugar, en la colecta en beneficio de los necesitados. La manifestación exterior de la solidaridad y vinculación de los corazones es la comunicación de los bienes materiales (Hech. 4, 34-35). La colecta que organiza Pablo en bien de los “santos” de Jerusalén, recibe el nombre de koinonía (en Rom. 15,26; 2 Cor. 8, 4; 9,13). En la carta a los romanos (Rom. 12, 13s) exhorta a compartir (koinonountes) las necesidades de los santos.

En segundo lugar en la posesión de todas las cosas. El Padre ha dado al Hijo todas las cosas y por lo tanto los fieles son coherederos y poseedores de todas las cosas. De allí brota también la voluntad de compartir incluso los bienes materiales.”Todo es vuestro...Pablo, Apolo, Cefas, el mundo, la muerte, la vida, el presente, el futuro, todo es vuestro, y vosotros de Cristo y Cristo de Dios” (1 Cor. 3, 21-23).

Los discípulos son de Jesús, porque el Padre se los dió (Jn. 17,6). “Vivamos, o muramos, somos del Señor” (Rom. 14,8).

Jesús es de los discípulos: su Señor, su maestro, su hermano, su salvador, su paz, su justicia, su salvación...

Pero lo que Jesús ha dado a sus discípulos como máximo don y posesión es el Padre, al cual pueden invocar: Padre nuestro. Y el don del Padre: el Espíritu Santo. La donación de las personas, donación libre y personal de sí mismas en el amor, eso es la koinonía y la santidad, en sus raíces.

El máximo de comunicación y coparticipación lo expresa la comunión con el Padre; el poder tener, con Jesús, a su Padre, como Padre nuestro. En este pronombre posesivo confluyen y se unifican Jesucristo y los suyos, para constituir el

‘nosotros’, pertenencia del Padre y a quien el Padre pertenece por el amor. En el Padre Nuestro se confunden y coinciden la conciencia de Cristo y la eclesial. Ese ‘nuestro’ pertenece tanto a la cristología como a la eclesiología. Y tanto a la eclesiología del misterio como a la eclesiología de comunión.

Todos los sentidos antedichos están presentes en los Hechos 2, 41-47, donde la koinonía equivale a la pertenencia cristiana en su generalidad: “perseveraban en la koinonía” (Hech. 2,42). Pero a raíz de este pasaje, hemos de pasar de la consideración de los aspectos diversos de la koinonía a una consideración dinámica: cómo surge y se suscita la koinonía; el sentido interior de pertenencia y la perseverancia exterior en la pertenencia eclesial. Koinonía define en efecto la existencia cristiana en su comienzo y en su duración.

“Aquel día fueron agregadas unas tres mil almas” (Hech. 2, 41). El pasivo divino -fueron agregadas-, como es sabido, tiene por sujeto de la acción a Dios: fueron agregadas por Dios, Dios agregó, se dice aquí de los que fueron bautizados. De modo que: “fueron bautizados = fueron agregados”. El bautismo es la ceremonia de iniciación y agregación. Dios agrega o adhiere nuevos creyentes –se dice– bien sea a la Iglesia, bien sea al Señor: “El Señor agregaba cada día a la comunidad” (Hech. 2, 47); “los creyentes eran agregados al Señor” (Hech. 5, 14); “una considerable multitud fue agregada al Señor” (Hech. 11, 24).

La Iglesia nace de esta admirable sinergia de predicación apostólica y de la adhesión que Dios obra en los corazones de los oyentes (Hech. 2, 41). Sinergia que se sanciona mediante el bautismo. El bautismo marca por lo tanto, sacramentalmente, la entrada en koinonía, que Dios ha obrado conmoviendo el corazón para adherir a la enseñanza apostólica. Se ha iniciado así el camino por el cual, los hombres, entrando en la koinonía eclesial, se encaminan por la fracción del pan eucarístico a la comunión con Cristo y, por la oración,

a la comunión con Dios. He aquí a grandes rasgos el itinerario existencial progresivo del fiel en su camino eclesial hacia Dios:

- 1) “Al oír esto, dijeron con el corazón compungido a Pedro y a los demás apóstoles: ¿Qué hemos de hacer hermanos?” (Hech. 2, 37).
- 2) “Pedro les contestó: Convertíos y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para remisión de vuestros pecados y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hech. 2, 38).
- 3) “Los que acogieron su palabra fueron bautizados y fueron agregados aquel día unas tres mil personas” (Hech. 2, 41).

Hasta aquí se describe el pasaje de una pertenencia a otra por la conversión. Es lo que podría llamarse el arjé de la vida cristiana. Una vez agregados a la koinonía-pertenencia, comenzará la existencia fiel: perseverante.

Los dos primeros puntos del sumario retomarán los pasos de ese arjé en términos de perseverancia: a) en escuchar la enseñanza de los apóstoles y b) en permanecer en la koinonía bautismal. La vida cristiana consiste en gran medida en permanecer fieles a ese arjé, que introduce a la pertenencia eclesial apostólica e introduce a la participación del Don del Espíritu. Al entrar en la koinonía con los apóstoles aceptando su testimonio, se ha iniciado el camino existencial de la koinonía, ese camino ha de continuar con perseverancia, en la vida de comunión eclesial.

Los dos puntos restantes del sumario (v. 42b) marcan el progreso en la koinonía con el Hijo, en la fracción del pan y con el Padre en las oraciones. La oración, el trato con Dios, marca la cumbre de la koinonía cultural. La comunión con Dios, nos muestran los sumarios, es inseparable de la comunión eclesial. Esta doctrina es común en el Nuevo Testamento.

La intención de Lucas al transmitir los sumarios no es puramente pictórica sino, como en el resto de su narración, teológica. Los sumarios recapitulan las etapas del proceso histórico de la koinonía que consolida y constituye al nuevo pueblo de la Nueva Alianza, el pueblo de Pentecostés que es el pueblo del Cenáculo, lugar de comunión con el Hijo y de participación en el don del Espíritu Santo. Lugar de oración perseverante en común, que se abre, por la predicación de Pedro, hacia todos los pueblos, lenguas y naciones, con una llamada universal a la comunión.

Por sinergia divina, la Iglesia nace de la predicación. No hay eclesiogénesis sin predicación de la evangelización. El anuncio del kerygma que nace de la oración y del Espíritu es la ocasión en que el Padre engendra nuevos hijos a la fe. Y esto lleva a un proceso de expansión del nosotros.

En esta visión no hay lugar para que se gloríe el ministro, quien no puede recomendarse a sí mismo, sino ser recomendado por Dios, único que da el crecimiento. Por otro lado, en esta visión teológica, tampoco queda lugar para el paternalismo posesivo de los ministros sobre los fieles.

No siempre los pastores tienen un juicio ecuánime ante el Pueblo de Dios que, quizás no tienen su formación, pero que exhiben un firme sentido de pertenencia. En este asunto, no se ha de olvidar la prioridad del ágape como el mejor de los caminos (1 Cor. 13). Y, claro está, el sentido de pertenencia conlleva el amor de instruirse en los misterios cristianos.

El Resucitado envía a sus discípulos acercándose a ellos (Mt. 28,18), y les asegura su cercanía y proximidad hasta el fin de los siglos. Los cristianos vivirán su vida en Iglesia, como los exhorta Pedro, introduciendo su enseñanza sobre la Iglesia como templo y pueblo de Dios, acercándose también a él, piedra viva (1 Ped. 2,4; cfr. Heb. 12,18.22).

Esta cercanía normará su conducta, su existencia cristiana en los distintos ámbitos y relaciones de su vida temporal, de modo que estarán plenamente en el mundo, como enviados a él y como quien sabe dar razón de su esperanza, pero sin pertenecer al mundo ni a este tiempo, llevando una conducta sobria y velando en espera del juicio. A un mundo donde los griegos piden sabiduría y los judíos piden eficacia, los cristianos son enviados a ofrecer pertenencia: *koinonía*.

2.1. El ser laico en la eclesiología de comunión

El último Sínodo sobre los laicos ha puesto el acento sobre la eclesiología de comunión²⁰ como el contexto necesario para situar el papel del laicado en la Iglesia y en su misión al mundo²¹.

El fiel laico no se distingue por ningún “plus” o “diferencia específica” que lo aparte del común ser eclesial. Lo caracte-

²⁰ La finalidad del apostolado seglar está suficientemente definida: se trata de hacer un mundo conforme al Evangelio. Si deseamos la transformación de la sociedad, necesitaremos de la comunión, de la unidad: “que sean uno para que el mundo crea” (Jn 17, 21). Como dice el CLIM (Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo): Lo que la Iglesia anuncia y por lo que vive -la plena comunión de los hombres entre sí y con Dios-, se hace realidad en la Iglesia comunidad que escucha la Palabra, parte el pan e invoca a Dios como Padre y es solidaria con los pobres. Por eso la transformación del mundo y la humanidad nueva se inician en la comunidad eclesial. Por eso hacer comunión es hacer misión”. Amigo Vallejo, C.; Que sean uno para que el mundo crea, BOA octubre 2006 (III) tomo CXLVII n° 2237, p 765.

²¹ “En la medida en que nos alejamos del Sínodo de octubre pasado (1987), más se comprueba su resultado positivo, no sólo por haber reafirmado la enseñanza de los grandes documentos del Vaticano II, sino también por haber puesto el acento en la eclesiología de comunión como contexto necesario para situar el papel del laicado en la Iglesia de cara a la salvación del mundo”; Juan Pablo II, Alocución a los Cardenales y Prelados de la Curia Romana el 22-XII-1987, L’Observatore Romano, 3-I-1988, p.10.

riza precisamente lo común. Son más bien los que dentro de la Iglesia están a su servicio, los que pueden reconocerse por una diferencia específica respecto del común ser cristianos: los ministros sagrados o los carismáticos consagrados. Lo que lo distingue no es un plus de dignidad, sino una especial y complementaria habilitación al servicio²².

Por ello afirma el Sínodo: “El Sínodo se ha dedicado a profundizar en la figura del laico, destacando su extraordinaria importancia y actualidad en el mundo moderno. Punto de partida han sido las enseñanzas del Concilio sobre la Iglesia en su realidad de ‘misterio’, de ‘comunidad’ y de ‘misión’...En el contexto de la ‘Iglesia-comunidad’ el fiel laico es ‘miembro’ del pueblo de la Alianza, que está llamado a vivir en unión con Dios por medio de Jesucristo en el Espíritu Santo. Y esto, en comunión con todos los bautizados. Por consiguiente, él no puede nunca cerrarse en sí mismo, aislándose espiritualmente de la comunidad, sino que debe vivir en un continuo intercambio con los otros, con un vivo sentido de fraternidad, con la alegría de una idéntica dignidad y con el compromiso de hacer fructificar juntos el gran tesoro recibido en herencia. El Espíritu del Señor le dona a él, como a los demás, múltiples carismas, lo invita a diferentes ministerios y encargos, le recuerda, como también les recuerda a los demás relacionados con él, que todo lo que le distingue no es un plus en dignidad, sino una especial y complementaria habilitación al servicio... de esta manera los carismas, los ministerios, las tareas y los servicios del fiel laico existen en la comunión y

²² “Todos los cristianos, laicos, clérigos, religiosos, tienen una misma dignidad siendo un único pueblo reunido en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (Lumen gentium, 4). Tal dignidad brota del bautismo, gracias al cual la persona es incorporada a Cristo y a la comunidad eclesial y llamada a una vida de santidad...”. “Algunos fieles reciben el sacramento del orden...otros están llamados a dar testimonio de la radicalidad en el amor de Dios...”; Mensaje del Sínodo de los Obispos al pueblo de Dios, Sínodo sobre los laicos. Propositiones finales, Ed. Paulinas, Madrid, 1987, n. 3, p. 10.

para la comunión. Son riquezas complementarias en favor de todos, bajo la sabia guía de los pastores”²³. El fiel tiene pues múltiples carismas y ministerios eclesiales²⁴.

El enfoque pertenencial diluye las aporías y oposiciones entre los diversos roles, funciones o carismas, porque devuelve las partes, con toda la riqueza de su diversidad, a la perspectiva del todo²⁵. Como dentro de la familia no hay oposición sino diversidad de relaciones, así también en la comunión eclesial. Por tanto, aunque en toda esta reflexión aparece constantemente el sentido jerárquico de la Iglesia, no olvidamos que la jerarquía solo se entiende, se comprende y justifica en la Iglesia desde el servicio. Solo de esta forma podríamos hacer una auténtica koinonía.

3. DISTINTOS MODELOS ECLESIOLOGICOS²⁶

Realizada esta fundamentación neotestamentaria podemos continuar descubriendo como la koinonía ha ido ‘encar-

²³ Juan Pablo II, Homilía en la Misa de Clausura del Sínodo sobre los laicos el 30-X-1987, Sínodo sobre los laicos. Propositiones finales, Ed. Paulinas, Madrid, 1987, pp. 42-43.

²⁴ “En la medida en que lo permitan vuestros recursos y deberes estáis llamados a apoyar y participar activamente en las actividades de la Iglesia”; Juan Pablo II, a los laicos, 18-IX-1987, L’Observatore Romano, 1-XI-1987, p. 19, n.2.

²⁵ “A la luz de la reflexión sinodal, se puede decir que en muchos campos del compromiso pastoral los sacerdotes solos no podrán realizar todas sus tareas sin la participación de los laicos, sin la colaboración de estos a escala parroquial y diocesana... ¡Qué numerosas son estas tareas pastorales, comenzando por la catequesis de niños, jóvenes y adultos, hasta la pastoral de la familia y de los diferentes grupos profesionales y ambientales!” Juan Pablo II a los obispos de Gniezo, Varsovia y Poznan en Visita ad Limina el 19-I-1988, L’Observatore Romano, 24-I-1988, p. 9.

²⁶ La estructura de este apartado está fundamentado en los apuntes de Eclesiología de Emilio Tárraga (Vicario Parroquial de San José, Director del Instituto Teológico Diocesano de Albacete, profesor de Eclesiología del Seminario de la misma diócesis).

nándose' en distintos modelos eclesiológicos. La Iglesia, como comunidad de creyentes, conducidos por el Espíritu a través del largo camino de la historia, ha tenido distintas imágenes de sí misma, bien plasmadas directamente en la Sagrada Escritura o en el quehacer teológico o en la enseñanza del Magisterio: institución, comunión, sacramento, heraldo, servidora, pueblo de Dios, cuerpo de Cristo, misterio, comunidad de discípulos...

Es decir que “dentro de esa necesaria unidad de todos en Cristo, la comunión eclesial puede manifestarse de formas distintas. Así, hay una comunión eclesial de consenso, que es aplicación de la subsidiaridad y de la corresponsabilidad en la común y única misión de la Iglesia. Operativa, como diálogo que tiene su fundamento en que la confianza en el otro, sin dejar uno de ser lo que es para que el otro lo acepte. Pastoral: de servicio y colaboración en unas acciones evangelizadoras”²⁷ y esto se ha ido concretando a lo largo de la historia de la Iglesia.

Es cierto que ninguno de estos modelos pretende dar una definición completa y cerrada de lo que es la iglesia, lo cual significaría ignorar su carácter peregrinante e histórico; sólo intentan una descripción de la misma, según contextos socio-político-culturales, preferencias y tendencias particulares, poniendo el acento en una u otra de sus características. Por razón de espacio no nos podemos dedicar al análisis de todos los modelos anteriormente mencionados; se nos impone, pues, la elección entre alguno de ellos. Siguiendo el criterio de los implícita o explícitamente presentados por el concilio Vaticano II, estos pueden reducirse a tres: Iglesia como misterio, pueblo de Dios y comunión. A estos tres modelos tendremos que agregar otro, que es el dominante hasta el

²⁷ AMIGO VALLEJO, C., *Que sean uno para que el mundo crea*, BOA octubre 2006 (III) tomo CXLVII n° 2237, p. 767.

Vaticano II, y respecto al cual el concilio reacciona, este es el modelo de la Iglesia como sociedad perfecta, pero sobre el que no profundizaremos²⁸.

3.1. La Iglesia como ministerio

El concilio quiere romper el molde estrecho de la Iglesia como institución, tratando de superar así la posible identificación de la Iglesia con una mera realidad sociológica, o con una simple sociedad jurídica. También quiere el concilio poner de manifiesto su interés ecuménico, marcando con la utilización de esta imagen un acercamiento tanto a los cristianos ortodoxos como a los cristianos de la Reforma. La teología ortodoxa siempre había rechazado el concepto jurídico de la Iglesia y acentuado su carácter misterioso. También la teología de la Reforma, frente al carácter visible e institucional de la Iglesia había resaltado el carácter invisible y espiritual de la misma. Ahora, el concilio, al utilizar la categoría misterio, quiere conseguir la síntesis entre ambos aspectos de la Iglesia: el espiritual e invisible y el temporal y humano²⁹, admitiendo así que el aspecto humano de la Iglesia, en cuanto que hace referencia a la conducta de los creyentes, siempre es susceptible de crítica y está necesitada de conversión, pero, a pesar de esto, es el Espíritu el que constituye a la comunidad en cuanto tal.

Por lo que hace referencia a la utilización por parte del concilio de la categoría misterio, debemos tener en cuenta que esta categoría nos lleva a otra también utilizada por el mismo concilio, la de sacramento, porque la Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea, signo e instrumento de

²⁸ No podemos dejar de referirnos al desarrollo que realiza el Catecismo de la Iglesia Católica en todo el artículo 9, donde refiere las imágenes de la Iglesia y se desarrolla el sentido de Pueblo de Dios. (Catecismo de la Iglesia Católica, Asociación de editores del Catecismo, pp. 213-250)

²⁹ *Lumen Gentium*, 8.

la unión íntima con Dios y de la unión de todo el género humano³⁰. ¿Dos términos, misterio y sacramento? No, en el fondo se trata del mismo, pues sacramento no es más que la traducción latina del concepto bíblico de misterio. Misterio que, según el concilio Vaticano II apoyado en la Biblia, no es algo incognoscible que se pierde en la nebulosa de lo misterioso y del no saber, sino que equivale a una realidad divina portadora de salvación, que se revela de manera visible para todos. Comprendemos así que el concilio utiliza el término sacramento en un sentido más amplio y próximo a la Escritura y a la Patrística que el acuñado por Trento para definir los siete sacramentos. La unidad católica exige pluralidad, y es lo más opuesto a uniformidad.

3.2. La Iglesia como Pueblo de Dios

Para los estudiosos del tema, la propia colocación de este título de la Iglesia en el capítulo segundo de la *Lumen Gentium*, inmediatamente después de haberla definido como misterio, significa que con el tema del pueblo de Dios se pretende decir cuál es la esencia de ese misterio y, por otra parte, su ubicación anterior al capítulo dedicado a la jerarquía, lo convirtió en el más significativo de la nueva percepción de la Iglesia en el Vaticano II, como bien reconoció la Comisión Teológica Internacional en 1985 afirmando que la expresión “pueblo de Dios” ha llegado a designar la eclesiología del concilio³¹. Con ellos se pretendió superar una eclesiología puramente jerarcológica dominante en el pasado y centrarse en su sujeto primario: todos los bautizados que forman el pueblo de Dios.

Este concepto se remonta a la patrística, que expresa con él toda la relación de la Iglesia con Israel (el viejo y el nuevo

³⁰ *Lumen Gentium*, 1.

³¹ *Lumen Gentium*, 2.

Pueblo de Dios en la historia salvífica), así como la catolicidad de la Iglesia, que es un pueblo formado de todas las naciones y abarca a los elegidos del paganismo.

La idea de que la Iglesia es un pueblo, constituye un dato permanente dentro de la teología católica como prueban las oraciones de la liturgia, frecuentemente utilizadas para designar a los cristianos con este término. Con todo, la denominación de la iglesia como pueblo de Dios cae en desuso después de la reforma, precisamente por la acentuación de la teología protestante en la denominación de la Iglesia como hecho comunitario y la consiguiente reacción católica, que al reforzar los aspectos jerárquicos e institucionales relega a un segundo plano lo comunitario. En este contexto, la eclesiología católica, tendía a ver el sacerdocio de Cristo como el de los ordenados sin más, y a identificar a los laicos con el pueblo. Esta tendencia se cambia a partir de 1937 con el movimiento de la revalorización de la historia y de la escatología, imponiéndose poco a poco el concepto de pueblo de Dios como definición de la Iglesia en la teología católica.

Al utilizar el concilio el término pueblo de Dios para designar a la Iglesia, quiere resaltar lo siguiente:³²

- Tomar este concepto como punto de partida para revalorizar la comunidad y el pueblo como elemento característico de la iglesia. La iglesia es un pueblo y todos somos miembros de él, todos somos en este sentido, laicos; es decir, pertenecemos al pueblo, que es la Iglesia.
- Resaltar que la igualdad existencial y antropológica es anterior a la diversidad de funciones, carismas y estructuras o ministerios.
- Poner de manifiesto el carácter misional y mesiánico de la Iglesia. La Iglesia es un germen de unidad y de esperanza;

³² *Lumen Gentium* 9, 14-17.

en consecuencia, la Iglesia no puede encerrarse en ghetto, ante las ideas anticristianas de la sociedad, sino que tiene que evangelizar esta sociedad como afirma y desarrolla la *Gaudium et Spes*.

- Reelaborar el concepto de catolicidad, que resalta la función cósmica y considera a la iglesia como pléroma de Cristo. Catolicidad indica relación con el mundo, implica la exigencia de una adaptación constante a los diversos pueblos, sociedades y culturas, asumiendo todo lo bueno de éstos. La unidad católica exige pluralidad, y es lo más opuesto a uniformidad.

3.3. La Iglesia como comunión³³

El concilio nunca define explícitamente así a la Iglesia, pero estudios eclesiológicos posteriores al concilio han puesto de manifiesto que la eclesiología del Vaticano II comporta un concepto renovado de *Communio*³⁴. La *Lumen Gentium*

³³ La comunión jerárquica dice relación con los carismas y ministerios, que hay que ordenar para utilidad de toda la Iglesia. La jerarquía los reconoce, los ordena, los protege... Siempre la comunión eclesial se realiza teniendo en cuenta la doctrina de los apóstoles, la fracción del pan y las oraciones. Es la intercomunicación espiritual de vida entre los miembros que va más allá de la solidaridad. *Sentire cum Ecclesia*, que es unidad con los pastores. Lealtad en la investigación teológica, en la enseñanza, en los medios de comunicación social. Es la comunión de corazones, no sólo de ideas, sino de la común experiencia de Dios, encuentro permanente con Jesucristo. La Iglesia, toda ella, es una gran comunidad de los discípulos del Señor. Es el Espíritu el que constituye la Iglesia como una comunión orgánica en diversidad de vocaciones carismas y ministerios. Es, por tanto, evangélica, según el espíritu de las bienaventuranzas. AMIGO VALLEJO, C., *Que sean uno para que el mundo crea*, BOA octubre 2006 (III) tomo CXLVII n° 2237, p. 767.

³⁴ Se legitima desde ciertos textos conciliares, tales como LG 4, 8, 13-15, 18, 21, 24ss; *Dei Verbum* (en adelante *Dei Verbum* o DV) 10; *Gaudium et Spes* (en adelante *Gaudium et Spes* o GS) 32; *Unitatis Redintegratio* (en adelante *Unitatis Redintegratio* o UR) 2-4, 14ss; 17-19, 22. Todos estos documentos pertenecen al Concilio Vaticano II ya citado.

describe a la iglesia como comunidad de fe, esperanza y caridad en este mundo³⁵; es decir, como comunión de personas que viven las tres virtudes. Se trata aquí de una eclesiología de comunión en la que se da la variedad de miembros y ministerios³⁶, entendiendo ministerios en el sentido amplio, es decir, incluyendo en los mismos el papel de los seglares en la misión de toda la Iglesia (*Pueblo de Dios*)³⁷.

El n. 4 de la *Lumen Gentium* expone en sentido programático el concepto de *communio* al decir: (el espíritu) guía a la Iglesia hacia toda la verdad y la unifica en comunión y ministerio, con diversos dones jerárquicos y carismáticos. Hay que advertir que primero se habla de comunión y después de ministerios. La Iglesia es calificada, ante todo, como comunión de personas (*congregatio fidelium*) y después se habla de los ministerios, porque el ministerio ha sido constituido para el servicio a la comunidad; así pues, la prioridad corresponde a la *communio*, ya que el ministerio ha sido constituido para su servicio. No obstante, habría que reconocer que el concepto de *communio* se integra en una concepción de la Iglesia en la cual la jerarquía ha de jugar un papel importante.

Con todo, el sentido *communio* no sólo hay que entenderlo como comunión de personas, sino que también hay que entenderlo en el sentido de comunión de las iglesias locales fundadas mediante la Eucaristía³⁸. Esto significa recordar el

³⁵ *Lumen Gentium*, 8.

³⁶ *Lumen Gentium*, 7.

³⁷ AA.VV., *Concilio Vaticano II*, BAC, ed. De la CEE, 2ª ed., Madrid 1980. Apostolicam Actuositatem (en adelante Apostolicam Actuositatem o AA)2.

³⁸ Al reafirmar nuestra pertenencia a una diócesis, a una Iglesia particular, no solamente no nos olvidamos de la incólume unidad en la Iglesia universal, sino que reafirmamos la comunión y la solidaridad fraterna con todas las Iglesias que forman el nuevo Pueblo de Dios, guiado y servido en la caridad por el Papa. AMIGO VALLEJO, C.; *Sembrador de la palabra y la misericordia*, BOA octubre 2005, p. 10.

sentido técnico del término *communio*, que designa la realidad básica de la Iglesia antigua (primero fue la Iglesia local y de la *communio* de las distintas iglesias locales nació la Iglesia universal), realidad ésta muy apreciada por las iglesias orientales³⁹. Afirmación discutida y que supone un punto de inflexión en las relaciones con los ortodoxos. En la actualidad se dan pasos de cercanía en cuanto al orden de los sacramentos, y la edad para recibirlos, pero el gran problema es la primacía petrina, esta cuestión es la que deriva después en una concepción u otra de la eclesiología.

El nivel estructural de esta *communio* ha sido definido por la *Lumen Gentium* 23 afirmando que cada obispo es principio y fundamento visible de la unidad en sus iglesias particulares, formadas a imagen de la Iglesia universal, en las cuales y a base de las cuales existe la Iglesia una y única.

Comprobamos así que en la eclesiología del Vaticano II coexisten la eclesiología de *communio*, propia del primer milenio y la eclesiología jurídica de la unidad, más típica del segundo milenio y bien puesta de manifiesto en la expresión *communio* hierarchica, de la *Lumen Gentium* 22, por la que se liga el ministerio episcopal a la Iglesia universal, concretamente con el papa y con el Colegio Episcopal. Tarea del futuro será, en fidelidad a la tradición, lograr una síntesis entre ambas eclesiologías, ya que de esta síntesis se derivan importantes consecuencias para la vida sinodal de la Iglesia, tales como la colegialidad-primado, sínodos de los obispos, conferencias episcopales..., tal como lo puso de manifiesto el Sínodo extraordinario de 1985, al afirmar que la eclesiología de comunión no se puede reducir a simples cuestiones organizativas o a cuestiones que se refieren a nuevas potestades. La eclesiología de comunión es el fundamento para el orden

³⁹ AA.VV., *Concilio Vaticano II*, BAC, ed. De la CEE, 2ª ed., Madrid 1980, *Orientalium Ecclesiarum* (en adelante OE) 13; UR 14ss

en la Iglesia y, en primer lugar, para la recta relación entre unidad y pluralidad de la Iglesia⁴⁰.

4. PERSPECTIVAS DE LA SITUACION ECLESIAL

Antes de plantear los retos a los que se enfrenta nuestra Iglesia en cuanto a su concepción de sí misma es necesario situarla dentro de la sociedad en la que vive y evangeliza.

Realizando un rápido análisis de la situación de la Iglesia en este momento parece que el cristianismo, en cuanto sistema de creencias y de valores, pierde significación en una sociedad crecientemente secularizada; aumenta la imagen negativa de la Iglesia, identificada con los eclesiásticos; crece la incultura religiosa entre los jóvenes; hay crisis de vocaciones y aumenta la edad media del clero y la vida religiosa, etc. Ciertamente hay también signos positivos; entre ellos, el de una lenta pero progresiva toma de conciencia del laicado, así como una gran proliferación de movimientos apostólicos de signo diverso.

Por otra parte, hay que tomar conciencia de que vivimos en una época de cambios. No sólo cronológicamente, cambio de siglo y de milenio, sino también sociológicamente. La sociedad cambia tan rápidamente que resulta difícil hacer pronósticos a medio y largo plazo.

El inmediatismo del presente no es sólo un signo de la cultura superficial en que vivimos, sino el resultado de un cambio acelerado del curso histórico. Se amontonan las etiquetas que indican la superación de una época (postmodernidad, postreligiosa, postindustrial...), se subraya la dinámica de

⁴⁰ *Lumen Gentium*, 1.

globalización imperante y hay un gran interrogante acerca de cómo y en qué dirección va la sociedad. No es extraño, que el contexto sea propicio al pesimismo y la negatividad, tanto mayores cuanto más aumenta la inseguridad. Estamos como en un cambio de paradigmas, y por tanto, la desorientación, a la que ya nos hemos referido es evidente.

Necesitaremos hacer un serio discernimiento de los signos de los tiempos, que tiene que ir acompañado de la creatividad eclesial, para plantear propuestas y alternativas, y la esperanza que obliga a mirar hacia delante. Hay que buscar las oportunidades existentes e intentar responder a lo negativo.

El problema sigue siendo cómo ser hijos de nuestro tiempo y cristianos; cómo encontrar en la identidad cristiana motivos para vivir, esperar y luchar. Hemos pasado del Dios fundamento y clave de bóveda de una sociedad confesional y oficialmente cristiana, al problema de cómo tener experiencias de Dios y comunicarlas a otros. El cristianismo no es ya el que tiene respuestas para todo y asume la organización de la sociedad, sino el que capacita para vivir de forma adulta en un mundo oficialmente laico y secularizado, en la que la referencia a Dios brilla por su ausencia.

¿Cómo ser Iglesia en medio de esta realidad? Hemos vuelto nuestra mirada, constantemente, hacia el Vaticano II como acontecimiento del Espíritu que orienta la barca de Pedro, y que favoreció esta eclesiología de comunión en la que cobraba significación el nuevo binomio comunidad y pluralidad de ministerios y carismas, que sustituía al viejo esquema de clero y laicos, que constituía el eje vertebral de la antigua eclesiología.

El modelo de comunión había que extenderlo a toda la Iglesia, desde la perspectiva universal (Papa y obispos, iglesia de Roma y nacionales, Primado y patriarcados), a la local (el obispo con su presbiterio, la Iglesia particular con las veci-

nas, el obispo dentro de la conferencia episcopal y la archidiócesis); y de la local a la parroquial (comunidad con pluralidad de ministros y carismas, presbítero asesorado por un consejo laical, parroquia como comunidad de comunidades).

Cuando el curso de la historia se acelera, promoviendo la tercera revolución industrial, cuyo máximo símbolo quizás sea el ordenador y la red de Internet, y se ha puesto fin al socialismo real, a la guerra fría y a la geopolítica que legó la postguerra; nosotros, como Iglesia, no podemos dejar de dar respuestas a estas realidades. La respuesta es siempre la misma: Jesucristo, muerto y resucitado, pero predicado por una Iglesia que se convierte en fermento, en sal y luz.

La gran esperanza actual viene de fuera de Europa. Hay un reforzamiento de las Iglesias no europeas, que son las que han mostrado una mayor creatividad y vitalidad en el postconcilio, mientras que Europa se ha ido trasformando progresivamente en un territorio de misión alejándose de sus raíces cristianas. Unas Iglesias a las que debemos mirar por su forma de encarnarse en la realidad.

El miedo a desprenderse de estructuras y teologías seculares, sobre todo en un momento de cambio sociocultural muy rápido, ha reactivado una postura contraria, la de los que buscan a toda costa inculturar el cristianismo en la sociedad actual. Esta corriente subraya el compromiso y minusvalora la oración, pone el acento en los valores éticos más que en lo sacramental, relativiza la doctrina y la misma ortodoxia, al mismo tiempo que proclama la necesidad de una desmitificación de la Biblia y de la misma tradición teológica; pero esto se hace desde unas posturas de enfrentamiento y no de fundamentación teológica.

No dejan de surgir los interrogantes. No hay que olvidar que el cristianismo no es una ONG y que el centro de la religión está en el anuncio, testimonio y posibilitación de la

experiencia de Dios. El problema hoy no está principalmente en la solidaridad y la fraternidad, aunque hay que insistir en estos valores para contrarrestar el individualismo y la crisis de la ética en la sociedad actual, sino en transmitir experiencias de Dios.

La fragmentación de la sociedad y la gran carga de soledad que genera la sociedad actual hace que hoy haya más nostalgia que nunca de una iglesia comunitaria y vivencial, en la que se puedan compartir búsquedas y preguntas, experiencias y esperanzas, vivencias de Dios y dinámicas de trascendencia. Hoy sigue siendo verdad que nuestra alma está hecha para Dios y sólo descansa en él, como afirmara san Agustín. De ahí el descontento y el malestar generalizado de la sociedad, la más rica materialmente de la historia, pero aquejada de un profundo desencanto ante el vacío espiritual y humano hoy existente.

El cristianismo afronta el reto de ofrecer un camino para ser persona⁴¹, mostrando que la búsqueda de Dios es fundamental para el crecimiento personal. No se trata de pregonar una doctrina ni de atemorizar con el más allá, en la línea de una pastoral del terror que ha impregnado a los últimos siglos, sino de ofrecer caminos para ahondar en la experiencia humana buscando en ella a Dios. De tal manera que hay que hablar de Dios biográficamente, contando la propia historia y cómo la referencia a Dios ha sido determinante a la hora de abordar los acontecimientos, el mal y el bien, el gozo y la tristeza, lo esperado y lo imprevisto, sin vaciarlo de su trascendencia.

Hoy la praxis cristiana pasa por el contagio, por el testimonio, por la interpelación que surge de la experiencia, por

⁴¹ En la línea de S. Ireneo (“todo lo humano es nuestro”) y del Vaticano II (“Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en el corazón de la Iglesia”: GS 1)

la confirmación en la fe que genera la sintonía con otras personas que participan de las mismas preguntas, búsquedas y deseos. Así se construye la Iglesia como célula viva dentro de la sociedad. Mientras que la evangelización se base en el testimonio, el cristianismo se revelará como camino apto para madurar como persona libre, adulta y socialmente comprometida. Esto es incompatible con el declive de la espiritualidad; con la decadencia de la vida religiosa como “laboratorio eclesial” y plataforma de revitalización del cristianismo; con la instalación en una rutina sacramental en la que prima más la cantidad que la calidad, saturando la conciencia de prácticas religiosas en lugar de suscitar la nostalgia de Dios.

No olvidemos que la experiencia de Dios es como beber un agua que despierta más sed de él, en lugar de tranquilizar y apaciguar. Este sigue siendo un criterio de discernimiento acerca del valor cristiano de las prácticas religiosas. La fidelidad al ritual y el tradicionalismo en las prácticas no puede estar reñida con la carencia de creatividad, la ausencia de vivencias y experiencias, la incapacidad para ser creativos, siguiendo la dinámica espiritual en lugar de aferrarnos a la letra de nuestros mayores. Si salimos de los sacramentos, retiros, meditaciones, pascuas... con un mayor anhelo de Dios, es cuando podemos presuponer que, de alguna forma, lo hemos experimentado, ya que la vida se ha estructurado desde la dinámica de una trascendencia que se ha fortalecido. Eso exige místicos y comunicadores, maestros que enseñan un camino espiritual personal. Todo lo que hagamos debe llevar a la conversión, este es el termómetro de la sintonía con Dios.

Sólo desde ahí es posible recrear la tradición en lugar de quedarse bloqueado por ella. El tradicionalismo es incompatible con la experiencia del Espíritu, el dios olvidado de la teología católica, que denominara Pablo VI. La tradición sirve de marca de identidad y de plataforma para los nuevos ca-

minos, tanto más necesarios en un mundo en cambio, pero no para proclamar el final de los experimentos y el retorno de las certezas, porque eso condena a una ortodoxia literal que es heterodoxa en su espíritu. El cristianismo se mueve entre un tradicionalismo sin futuro y una acomodación, a costa de la identidad; entre la tentación fundamentalista de una vuelta imposible al modelo de cristiandad y el humanismo ético y político como sustituto del compromiso cristiano; entre el refugio en la autoridad (cómo si ella no participara de los mismos interrogantes y búsquedas que el resto de los no cristianos) y el individualismo caótico y rupturista que degenera en mera acomodación al mundo.

Por tanto, hay claves para poder superar las distintas visiones respecto al papel de la Iglesia:

En primer lugar la Iglesia necesita hablar de Dios, hay una crisis de Dios dentro del mismo seno de la Iglesia. Hablamos de Dios, pero siempre de una forma teórica, tan lejana, que parece que la experiencia personal y comunitaria de Dios no es una referencia. Nuestras reuniones y encuentros están tan centrados en la organización, planificación, evaluación... que olvidamos hablar de Dios, cuesta en nuestras reuniones encontrar momentos para sorprendernos hablando de Dios, como si fuera una experiencia tan personal e íntima, tan poco comunitaria que nos da miedo, al menos pudor.

El concepto Pueblo de Dios no puede ser un término utilizado de forma política, como para reivindicar derechos, o de oposición al clero, reafirmandose como algo distinto, sino en cuanto a la relación con su fundamento que es el mismo Señor. Todos somos Pueblo de Dios, toda la Iglesia es el Pueblo de Dios y la Iglesia no existe para sí misma, sino que debería ser el instrumento de Dios para reunir a los hombres en torno a sí, para preparar el momento en que “Dios será todo en todos” (1 Co 15, 28).

Una Iglesia que exista sólo para sí misma es superflua. Y la gente lo nota enseguida. La crisis de la Iglesia es “crisis de Dios”; deriva del abandono de lo esencial. Lo único que queda es una lucha por el poder. Y esa lucha ya se produce en muchas partes del mundo; para ello no hace falta la Iglesia. Es necesario entender el concepto de Pueblo de Dios, poco utilizado en la Palabra, como aquella forma de existir que nos fundamenta y nos remite a Dios, no somos cualquier pueblo, sino el pueblo enraizado en Dios mismo, un Dios al que para entrar en comunión con él solo podemos hacerlo por Cristo. Aquí radica la eclesiología de comunión: “Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos a vosotros, a fin de que viváis también en comunión con nosotros. Y esta comunión nuestra es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto para que nuestro gozo sea perfecto” (1 Jn 1, 3).

Lo primero que se puede destacar de ese texto es el punto de partida de la comunión: el encuentro con el Hijo de Dios, Jesucristo, llega a los hombres a través del anuncio de la Iglesia. Así nace la comunión de los hombres entre sí, la cual, a su vez, se funda en la comunión con el Dios uno y trino.

A la comunión con Dios se accede a través de la realización de la comunión de Dios con el hombre, que es Cristo en persona; el encuentro con Cristo crea comunión con él mismo y, por tanto, con el Padre en el Espíritu Santo, y, a partir de ahí, une a los hombres entre sí. Todo esto tiene como finalidad el gozo perfecto: la Iglesia entraña una dinámica escatológica.

En la expresión “gozo perfecto” se percibe la referencia a los discursos de despedida de Jesús y, por consiguiente, al misterio pascual y a la vuelta del Señor en las apariciones pascuales, que tiende a su vuelta plena en el nuevo mundo: “Vosotros os entristeceréis, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo. (...) De nuevo os veré, y se alegrará vuestro corazón (...). Pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea perfecto” (Jn 16, 20. 22.24). Si se compara la última frase citada con Lc

11,13 -la invitación a la oración en san Lucas- aparece claro que “gozo” y “Espíritu Santo” son equivalentes y que, en 1 Jn 1,3, detrás de la palabra gozo se oculta el Espíritu Santo, sin mencionarlo expresamente.

Así pues, a partir de este marco bíblico, la palabra *comunión* tiene un carácter teológico, cristológico, histórico-salvífico y eclesiológico. Por consiguiente, encierra también la dimensión sacramental, que en san Pablo aparece de forma plenamente explícita: “El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Porque el pan es *uno*, aun siendo muchos, somos *un solo* cuerpo, pues todos participamos de ese único pan...” (1 Co 10, 16-17).

En segundo lugar la eclesiología de comunión es, en su aspecto más íntimo, una eclesiología eucarística⁴². Se sitúa muy cerca de la eclesiología eucarística que teólogos ortodoxos han desarrollado de modo convincente en nuestro siglo. En ella, la eclesiología se hace más concreta y, a pesar de ello, sigue siendo totalmente espiritual, trascendente y escatológica.

En la Eucaristía, Cristo, presente en el pan y en el vino, y dándose siempre de forma nueva, edifica la Iglesia como su cuerpo, y por medio de su cuerpo resucitado nos une al Dios uno y trino y entre nosotros. La Eucaristía se celebra en los diversos lugares y, a pesar de ello, al mismo tiempo es siem-

⁴² En 1985, la Asamblea extraordinaria del Sínodo de los Obispos reconoció en la “eclesiología de comunión” la idea central y fundamental de los documentos del Concilio Vaticano II. La Iglesia, mientras peregrina aquí en la tierra, está llamada a mantener y promover tanto la comunión con Dios trinitario como la comunión entre los fieles. Para ello, cuenta con la Palabra y los Sacramentos, sobre todo la Eucaristía, de la cual «vive y se desarrolla sin cesar», y en la cual, al mismo tiempo, se expresa a sí misma. No es casualidad que el término *comunión* se haya convertido en uno de los nombres específicos de la Eucaristía. La Eucaristía

pre universal, porque existe un solo Cristo y un solo cuerpo de Cristo. La Eucaristía incluye el servicio sacerdotal de la “representación de Cristo” y, por tanto, la red del servicio, la síntesis de unidad y multiplicidad, que se manifiesta ya en la palabra *comunión*. Así, se puede decir, sin lugar a dudas, que este concepto entraña una síntesis eclesiológica, que une el discurso de la Iglesia al discurso de Dios y a la vida que procede de Dios y que se vive con Dios; una síntesis que recoge todas las intenciones esenciales de la eclesiología del Vaticano II y las relaciona entre sí de modo correcto.

En tercer lugar, el sentido de comunión, de eclesiología de comunión, no puede llevarnos a una horizontalidad que nos haga huir de lo fundante de la Iglesia, que es su unión con Dios. Esto es lo que nos hace Iglesia, instrumento del Espíritu, que procede del Padre y del Hijo. Este concepto de eclesiología de comunión no puede ser la búsqueda de un igualitarismo, como si esto fuera lo que va a salvar la tarea de la evangelización.

“El concepto de eclesiología de comunión es... con la Trinidad, y por ello todos somos hermanos, y a cada uno, según el Espíritu, se nos da un carisma en la Iglesia. Reducir la eclesiología de comunión al igualitarismo es hacer como los apóstoles en Mc 9, 33-37, cuando Cristo anuncia por tercera vez la pasión, y ellos andan ocupados en discutir quien es el primero. Podemos estar dando vueltas a nuestros puestos, a como situarnos, a los detalles litúrgicos, a los medios, métodos, instrumentos,... mientras nuestros hermanos van a la pasión. ¿No estará pasando lo mismo? Mientras Cristo va a la pasión, su Iglesia discute el puesto que le corresponde”⁴³.

se manifiesta, pues, como culminación de todos los Sacramentos, en cuanto lleva a perfección la comunión con Dios Padre, mediante la identificación con el Hijo Unigénito, por obra del Espíritu Santo. *Ecclesia de Eucharistia*, 34.

⁴³ La eclesiología de la “Lumen gentium” Conferencia del cardenal Joseph Ratzinger en el Congreso internacional sobre el Vaticano II celebrado en Roma.

5. RETOS A LA ECLESIOLOGÍA DE COMUNIÓN

“En la medida que cada uno ama a la Iglesia de Cristo,
posee al Espíritu Santo”.

San Agustín, *In Iohannis evangelium*, Tractatus 32,8.

Al finalizar esta reflexión, la mejor mirada de gratitud por el ministerio de Carlos Amigo Vallejo es concretar como podría ser el trabajo pastoral del futuro. Hemos estado acompañados durante este periodo de la Iglesia de Sevilla por un obispo concreto que ha marcado nuestro caminar. Para muchos es el único obispo que hemos conocido, y nuestro mejor regalo es plantear los retos a la Iglesia de Sevilla, porque un pastor no es nada en sí mismo, sino en cuanto que sirve. Y no se sirve de forma general, sino a personas, comunidades, proyectos... que deben hacer siempre realidad el mandato misionero de ser testigos de Cristo resucitado. En esta última mirada la primera parte propone retos y pistas desde la Pastoral de Comunión, y la segunda concreta más en lo propiamente diocesano. Esta doble mirada se concreta en la Iglesia, laicos y sacerdotes, pero especialmente en estos últimos, colaboradores más cercanos del obispo.

5.1. Una primera mirada a la forma de trabajo pastoral

Abogamos por una forma de desarrollo pastoral, donde superando los límites propios de lo más inmediato, nos pongamos a trabajar juntos en las duras tareas del Evangelio. No se trata de coordinar, sería una conclusión desalentadora, pero sí de animarnos y enriquecernos juntos. Es una nueva mirada para no perder el rumbo del Concilio, es tratar de caminar juntos, de la mano, buscando que la Eclesiología de Comunión se transforme en una Pastoral de Comunión, superando las críticas y las comparaciones. Enriquezcámonos juntos, con un sentido diocesano amplio, donde nadie está

fuera, y donde la parroquia no es de mi propiedad. Por tanto huiremos de construir a nuestro estilo, buscando aquello donde todos caben, que es Jesucristo y su Iglesia.

Desde la eclesiología de comunión del Concilio Vaticano II y del magisterio proponemos una renovación de la tarea evangelizadora con una actualizada Pastoral de Comunión, que es lo que pretenden tanto la coordinación en las diócesis, como el trabajo conjunto por encima de estructuras individualistas. Ella es expresión de la realidad teológica de la Iglesia como Cuerpo de Cristo: el Verbo encarnado que nos participa, por su Misterio Pascual, de la vida trinitaria, como Pueblo de Dios al servicio liberador del mundo.

Desde este marco global, una renovada Pastoral de Comunión viene a plasmar estos propósitos que arrancan desde la identidad y la misión de la Iglesia de siempre y para nuestros tiempos.

Empeño que nos invita a integrar todo lo que somos y hacemos en la Persona misma de Jesús y de su Cuerpo, la Iglesia, en quien la Pastoral de Comunión se reconoce, organiza y entrega.

Por lo tanto, cualquier área pastoral dentro de la acción evangelizadora, se preocupará tanto de integrarse como diferenciarse del conjunto para entregar lo propio. Cuidando que nada ni nadie quede excluido o disminuido y procurando que su aporte pueda enriquecer a todos. Su rol específico se comprende en la diversidad y en la armonía con todo el organismo vivo, que es la Iglesia.

A. La Pastoral de Comunión se reconoce en Cristo y en su Cuerpo, la Iglesia.

1. Es de Comunión en primera instancia porque *muestra un organismo vivo, que tiene espíritu y habla*. Es el signo sensible y eficaz de la Persona de Jesús en la persona del creyente, en

la comunidad eclesial y para el anuncio del Reino de Dios. Y, en segunda instancia, siempre al servicio de la anterior, es organizada en una renovada planificación estratégica.

2. *Ella se mira en la triple ministerialidad de Cristo*, quien es Sacerdote, Profeta y Pastor. Desde esta identidad se organizan y se entregan todas las dimensiones y funciones de la acción pastoral. La Iglesia, como toda unidad pastoral, diversifica la acción evangelizadora desde esta identidad y tarea que nos señalan los tres rasgos de la Persona de Jesús. Es profética, en el sentido que testimonia y enseña la Palabra de Dios. Es sacerdotal, en el sentido que santifica y libera, en el Misterio Pascual de Cristo, la vida y la historia del Pueblo de Dios. Es pastoral, en el sentido que convoca, organiza y envía a la comunidad y en el sentido que dignifica a los pobres y sufrientes, y este es el sentido de ser Rey.
3. Todos los creyentes y toda la Iglesia realizan siempre en cada una de sus actitudes y acciones todos estos rasgos de la Persona de Jesús.
4. *Se trata de encontrarnos con Cristo vivo y de ser un solo Cuerpo y un solo Espíritu con Él y su Cuerpo, la Iglesia, para el servicio del mundo*. De tal modo que sea Él mismo el que hable y actúe, en y desde todas las dimensiones pastorales de la comunidad eclesial.
5. Una pastoral de Comunión nos ayudará, en definitiva, *a contemplar el Rostro de Cristo y de caminar desde Cristo para ser testigos del amor de Dios en este nuevo milenio que iniciamos*⁴⁴. Camino de conversión, de comunión y de caridad.

B. La Pastoral de Comunión se organiza en la Iglesia, Cuerpo de Cristo

1. La Pastoral de Comunión se organiza *desde los rasgos y las actitudes del mismo Jesús*; quien se nos da gratuita-

⁴⁴ Juan Pablo II, *Carta apostólica Novo Millennio Ineunte (en adelante NMI)*, ed. Paulinas, Madrid 2001, 43

mente, es don del Padre; despierta en nosotros confianza; se compromete con toda mi persona; se sacrifica y se dona por mí hasta desaparecer; me hace nacer de nuevo por la fuerza de su Misterio Pascual que me perdona y dignifica para enviarme al servicio del Reino. Todo para recrear en mí las relaciones fundamentales: con Dios, con los demás, conmigo mismo y con toda la creación. Mientras más me relaciono, más persona soy. Soy definitivamente en comunión trinitaria.

2. La Pastoral de Comunión, entonces, se organiza *desde el interés real por el otro*, del escuchar y valorar lo que el otro es y hace, gratuitamente, porque sí. Crece cuando me abro a la vida, la historia y las iniciativas del otro para escuchar juntos lo que Dios quiere decirnos y hacer con nosotros, y cuando ofrezco todo lo que soy y hago. El que hace y propone es en definitiva un discípulo. El discípulo es aquel que busca al Maestro dondequiera que éste se encuentre y aprende de Él dondequiera que le hable. Más allá de mis fronteras e intereses. Más acá de mí mismo.
3. Hacer Pastoral de Comunión *es hacer un itinerario espiritual-comunitario-misionero*. Porque la Iglesia es misterio, comunión, misión. Hoy entendemos mejor que la organización pastoral es propia también de la alta mística, porque ella es tal si nos ayuda a todos a encontrarnos con Cristo y si la comunidad, dejándose enseñar a cultivar una sana fraternidad, se hace más sacramento misionero y liberador de Cristo en el mundo.
4. La espiritualidad propia de esta pastoral es, podríamos decir, *subversiva*. Ella atenta contra el orden establecido, pues va contra la corriente del individualismo, el éxito por el éxito, la prepotencia ambiental y la indiferencia o descalificación del otro. Va en contra de todo autoritarismo sectario y de todo tipo de exclusión. Lo hace porque se interesa por todos, no deja a nadie afuera, se preocupa de que todos puedan ser protagonistas corresponsables, incorpora todas las ideas, se alegra, celebra y hace propias las iniciativas de otros, aún a costa de abandonar la pro-

pia iniciativa si el discernimiento cristiano así lo requiere. Sabe dar las gracias, pedir ayuda y pedir perdón cuantas veces sea necesario. Procura que la diferencia de los roles no disminuya la dignidad de nadie y piensa como Dios y no como los hombres.

5. El proceso de planificación estratégica se inicia siempre y se desarrolla *en un continuo discernimiento de la Palabra de Dios en el aquí y ahora*. La comunidad no puede alimentarse, celebrar el paso de Dios por su vida, compartir y enseñar lo que recibe, anunciar las buenas noticias del Evangelio de Jesús, si no aprende a discernir, en diálogo amoroso, la Palabra de Dios, que es siempre viva, única y nueva.
6. En este empeño de discernir en comunión el plan evangelizador, trabajar coordinadamente y recrear la evangelización en sus métodos, en sus expresiones y en su ardor, se quiere *enriquecer el aporte de todas las comunidades*. No se trata de eliminar, sino de integrar y renovar en función de una acción evangelizadora que debe estar en un continuo dinamismo de evaluación y capacidad de reacción.
7. La Pastoral de Comunión *es colegiada y subsidiaria*. El servicio al pueblo se hace siempre con otros, sin excluir a nadie y en el generoso compartir de los dones y recursos para que todos puedan ser adultos y protagonistas en la transformación del mundo. No puede desarrollarse sin los consejos pastorales diocesanos, zonales, arciprestales y parroquiales.

C. La pastoral de Comunión se entrega con Cristo

1. La Pastoral de Comunión *se nutre desde la espiritualidad de comunión*, razón por la cual nos exige para los tiempos actuales un cambio de mentalidad y una conversión radical de vida. Se trata de dejar que Cristo nos transforme y lo dejemos recorrer el camino del hombre, humanizándonos y dignificándonos.
2. El gran desafío es *hacer de la Iglesia “la casa y la escuela de comunión”*. Lo que significa, ante todo, una mirada

del corazón hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros y en los hermanos. Es la capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad del Cuerpo Místico y, por tanto, como uno que me pertenece, para saber compartir sus alegrías y sufrimientos, para intuir sus deseos y atender sus necesidades y para ofrecerle una verdadera y profunda amistad. Es también ver, ante todo, lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un 'don para mí'. Es saber dar espacio al hermano llevando mutuamente la carga de los otros⁴⁵.

3. Esta espiritualidad de comunión *cuenta con la pedagogía del encuentro* porque es Jesús mismo el que sale a nuestro encuentro. Esto nos exige que hagamos pastoral desde la primacía de la gracia, en el don de la integración al Pueblo de Dios, siempre por el camino del diálogo y con un testimonio convincente. La plenitud del encuentro entre las personas, las culturas y los pueblos, lo aprendemos a cultivar desde la contemplación del Rostro de Cristo, caminando desde Cristo y siendo testigos de su amor.
4. La pedagogía del encuentro tiene su corazón *en la pedagogía de la santidad*. Es el camino de todo aquel que hace pastoral en el Cuerpo vivo de Cristo⁴⁶. Camino que se hace cultivando relaciones humanas al modo de la Trinidad. La santidad, en definitiva pasa –el paso del Misterio Pascual– por la relación con el otro y con Dios. Es el desafío de la relación de amor en comunidad para el servicio del mundo.
5. Por este camino podemos ayudarnos a pasar de una pastoral fragmentada a una integrada. De la división a la armonía orgánica del Cuerpo eclesial. Así estamos *transitando de una pastoral de cristiandad a una pastoral de la*

⁴⁵ “No nos hagamos ilusiones -afirma Juan Pablo II-: sin este camino espiritual, de poco servirán los instrumentos externos de la comunión. Se convertirán en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento.”NMI, 43

⁴⁶ LG 40 y NMI 30-31

*Encarnación y de la evangelización de las culturas*⁴⁷. Iglesia servidora de Cristo y del hombre. La que colabora en la transformación del mundo para construir un Reino de justicia y de paz.

6. Con el Concilio Vaticano II nacieron las especializaciones en lo que se llama la Pastoral de Conjunto. Con los años, ella, con toda la riqueza de su aporte -el que no queremos perder- nos llevó a una fragmentación. La coordinación apenas se daba por la vía de la información.
7. Hoy debe nacer la pastoral de Comunión, la que quiere cultivar el camino del diálogo, compartir los criterios y opciones pastorales, programar colegiadamente y seguir cultivando las especializaciones.
8. De este modo, *los campos o dimensiones de toda acción evangelizadora se reconocen en la triple ministerialidad de Cristo, sacerdote, profeta y pastor (anteriormente citada)*. Dimensión litúrgica, kerygmática y de koinonía. Iglesia que santifica, enseña y testimonia, convoca y cuida al rebaño del pastor, sobre todo a la oveja perdida y a la herida.
9. *La Pastoral de la Comunión es un estilo en todas las funciones de la evangelización*. En un círculo continuo, la Palabra de Dios es anunciada: la misión; es enseñada: la catequesis; es celebrada: los sacramentos; es transformadora: la metanoia; es relacionada: la comunidad; es testimoniada: el apostolado. Es amable: la pastoral bíblica.

Siguiendo siempre las cuatro constituciones dogmáticas del Concilio Vaticano II, podemos hilar su enseñanza de la siguiente manera: Dios, por Cristo, el Verbo encarnado (DV), salva al hombre, la persona y su cultura (GS), en una comunidad, la Iglesia (LG), por medio de signos eficaces de salvación liberadora (SC).

⁴⁷ Amigo Vallejo, Carlos, *El arciprestazgo*, separata del BOA de Sevilla, febrero 1988, punto 7.

La Iglesia, misterio revelado, comunión participada y misión encomendada por Cristo, quiere realizar su acción evangelizadora de una manera integrada y armónica. Con una espiritualidad de comunión, que cuenta con la pedagogía del encuentro en que Jesús nos enseña a recibir y recrear su santidad en la persona y el Pueblo de Dios. Lo quiere hacer con el mismo estilo de su Pastor, colegiada y subsidiariamente, convocando y delegando responsabilidades. Es la Pastoral de la Comunión⁴⁸.

5.2. Revisemos y propongamos pistas para el camino, desde una eclesiología eucarística que perfecciona la comunión del pueblo de Dios

Posiblemente, la lectura de este artículo parezca excesiva y complicada en sus planteamientos, pues intenta recoger de forma amplia los diversos planteamientos eclesiológicos que han existido, y las influencias que han tenido diversas inter-

⁴⁸ La Iglesia, como pueblo y comunidad formada por los que quieren seguir fielmente a Jesucristo, es variada y diversa, tanto en la propia identidad individual de las persona que la componen, como por la pluralidad de dones que se reciben del Espíritu Santo y por los cometidos y las acciones de Evangelio que hay que realizar. Son diversos los dones y variadas las presencias. Pero cada cristiano, como persona, con todas y cada una de las características individuales y sociales que esa realidad comporta, está atento a lo que Dios ha manifestado en Jesucristo, se une a la comunidad cristiana para escuchar la palabra de Dios y celebrar los sacramentos, vive en la fe de la Iglesia y en consecuencia con lo que cree y que trata de llevar, en testimonio y doctrina, a su ambiente familiar, social, laboral...

En esa Iglesia, y con dones y ministerios distintos, aparecen sacerdotes, consagrados y seglares. Cada uno con su vocación específica, con sus responsabilidades y cometidos. Todos formando la misma y única Iglesia. Por su número, por su presencia, por la necesidad que de ellos tiene la Iglesia, los seglares tiene una particular importancia en la acción evangelizadora de esta Iglesia. AMIGO VALLEJO, C., *Que sean uno para que el mundo crea*, BOA octubre 2006 (III) tomo CXLVII n° 2237, p. 768.

pretaciones de la eclesiología emanada del Concilio Vaticano II. Un camino y unos planteamientos, especialmente las definiciones posteriores al Concilio Vaticano II y el mismo concilio en su falta de concreción de la eclesiología, que tienen consecuencias concretas en la vida de nuestras diócesis, y que nos hacen no saber por donde caminar. Estas reflexiones pretenden simplemente invitarnos a pensar y a descubrir la grandeza de una Iglesia, que por un lado y otro intenta ser fiel al Señor. Será necesario seguir aclarando el sentido final y definitivo de la eclesiología, pero esta estará en constante cambio, puesto que la Iglesia, salvando su tradición, se debe adaptar a la realidad que le rodea, pues existe para iluminar y salvar el mundo, para ser levadura. No obstante nos atrevemos a indicar algunas pistas:

Optemos por una eclesiología eucarística. Una comunión que se perfecciona en la Eucaristía, que tiene como modelo la Eucaristía, aunque esta comunión es previa y necesaria para poder vivirla⁴⁹. La Eucaristía educa la comunión, y sitúa perfectamente los ministerios dentro de la Iglesia, nos abre al sentido de universalidad, nos refuerza en lo diocesano y constituye la comunidad más inmediata que es la parroquia. Optar por esta eclesiología supone una Iglesia creyente y hace realidad que:

⁴⁹ La celebración de la Eucaristía, no obstante, no puede ser el punto de partida de la comunión, que la presupone previamente, para consolidarla y llevarla a perfección. El Sacramento expresa este vínculo de comunión, sea en la dimensión *invisible* que, en Cristo y por la acción del Espíritu Santo, nos une al Padre y entre nosotros, sea en la dimensión *visible*, que implica la comunión en la doctrina de los Apóstoles, en los Sacramentos y en el orden jerárquico. La íntima relación entre los elementos invisibles y visibles de la comunión eclesial, es constitutiva de la Iglesia como sacramento de salvación. Sólo en este contexto tiene lugar la celebración legítima de la Eucaristía y la verdadera participación en la misma. Por tanto, resulta una exigencia intrínseca a la Eucaristía que se celebre en la comunión y, concretamente, en la integridad de todos sus vínculos. *Ecclesia de Eucaristía*, 35

1. En la mesa de Cristo no hay distinciones, ni pobres ni ricos, ni siervos o señores. Todos somos hijos de Dios, y por ello el testimonio de Caridad 'Mirad como se aman', será la luz que indique a los hombres que Dios está actuando. Si en una comunidad no se están dando relaciones de fraternidad difícilmente se podrá dar la evangelización. El presbítero debe cuidar, orar y revisar estas relaciones. Por ello la primera cuestión es: ¿Existen comunidades cristianas? ¿Cuáles? ¿Dónde? ¿Cómo viven? ¿Cómo se hace una comunidad cristiana? ¿Qué requisitos debe tener? Habría que revisar el modelo de comunidad cristiana. La parroquia debe ser comunidad de comunidades, pero ¿existen esas comunidades? ¿Qué hay dentro de una parroquia: hermandades, los catequistas, el grupo de caritas, pastoral de la salud,...? ¿Esto son comunidades cristianas? Redefinir qué es la comunidad cristiana y cómo se construye clarificaría mucho nuestro trabajo más inmediato, y sobre todo el de futuros sacerdotes.
2. Este amor que nace de la mesa eucarística nos lleva a integrar a los pobres, no a ayudarlos, sino a hacerlos partícipes de la comunión. Debemos revisar cómo se desarrolla la pastoral de la Caridad, descubrir si la justicia por la que luchamos solo es en el plano material o estamos ofreciendo una integración en la comunidad cristiana. La Caridad debe caminar hacia la búsqueda de entregar a Cristo, no solo a conseguir la justicia social. Sería falso decir que cuando haya justicia social, o cuando una persona esté en situación adecuada se le puede anunciar el Evangelio. El anuncio es en cualquier momento y situación, quedarnos con Cristo para nosotros es una gran injusticia.
3. Que sabe lavar los pies, y por tanto actúa desde el servicio, desde la diaconía. Que se deja lavar los pies, reconociendo así que es Dios el que actúa en nosotros. Nuestras reflexiones no pueden ser constantemente el lugar que ocupamos en la Iglesia. Revisar el papel de los sacerdotes significa

colocar al presbítero en el lugar que le corresponde, que es ser servidor de sus hermanos, *praesis ut prosis*. Esto lleva a que el ministerio se viva menos como separación y más como servicio, desde la formación que reciben los seminaristas podríamos plantear esta realidad.

4. Descubre la presencia de Cristo en medio del mundo a través del sacramento del altar, y hace de su vida una vida entregada, partida y repartida. No entrega lo que le sobra, ni siquiera lo que tiene, sino a ella misma. La vocación sacerdotal supone una entrega total y definitiva al servicio del Señor y de los hombres; invitación exigente a la que es posible acceder con su ayuda. Ahora bien, en la actualidad, dicha entrega plantea crecientes demandas en una sociedad cuya secularización se ha profundizado, disminuyendo la pertenencia y la adhesión a una Iglesia, que tiene, por lo mismo, menos peso en la construcción de la identidad y el sentido de vida de las personas. Se trata de una cultura en que cobran más importancia el deseo de realización personal y las búsquedas espirituales personales, con independencia de la afiliación a una institución religiosa mediadora.

En medio de toda la vorágine social contra la Iglesia, la entrega definitiva, total y exclusiva del sacerdote parece constituir un valor “contracultural”. Disminuye la valoración de los fieles hacia el celibato sacerdotal y existe mayor comprensión hacia los sacerdotes que dejan el ministerio. En suma, se perfila una imagen menos “idealizada” del sacerdote. En el plano de la identidad sacerdotal, se está llevando a cabo, en la práctica, una redefinición de su rol social y político, al tiempo que, en el plano de las expectativas de los laicos, éstas se tornan ambiguas y hasta contradictorias. El sacerdote debe ser pastor, pero también debe ser hermano y amigo; debe enseñar, pero debe saber escuchar; debe sanar, pero debe saberse débil; debe ser hombre de esperanza, pero debe conocer de frustraciones. La legitimidad del sacerdote, en cuanto autoridad, no es algo instantánea

ni definitivamente conferido, sino que, cada sacerdote gana y pierde su legitimidad en la práctica cotidiana. Necesario será cuidar el acompañamiento de los sacerdotes, tarea especial del obispo. Los sacerdotes deben sentirse queridos y escuchados, sin miedo a que se escandalicen de sus problemas, sin miedo a las filtraciones y sabiendo que se les va a acoger y comprender. Tener en cuenta que la sensación de agobio de muchos sacerdotes se vincula a la existencia de relaciones insatisfactorias con la autoridad eclesial y que, por el contrario, una comunicación basada en el respeto, el apoyo, el reconocimiento y el estímulo, son elementos importantes para combatir el cansancio emocional, todo esto unido al cultivo de la fraternidad sacerdotal⁵⁰.

5. No olvida su carácter sacerdotal, de mediación entre Dios y el mundo. Y entrega al mundo lo que espera de ella, el alimento que sacia, que es Cristo, no ella misma. Acepta las consecuencias de vivir la Eucaristía, que es trabajar desde lo pequeño, no hay nada más pequeño y humilde, y a la vez, más grande que la Eucaristía. Por ello, el sacerdote, como acompañante espiritual, con espacios en su tiempo para la atención personalizada, ayudará al encuentro con Cristo y a redefinir su papel en la comunidad. Es una opción por la pastoral de la cercanía.
6. Busca el amor de los hermanos, el amor fraternal, la referencia a la comunidad cristiana que confirma su fe, y todo ello en un ambiente de familiaridad. Cuidar los pequeños grupos de oración, de fraternidad, de estudio de la Palabra y de los documentos eclesiales, de reflexión sobre los acontecimientos sociales y personales.

El Espíritu parece que nos está convirtiendo en un resto (*anawin*), que no en un residuo, para hacer de nuevo,

⁵⁰ Amigo Vallejo, Carlos, *El arciprestazgo*, separata del BOA de Sevilla, febrero 1988, punto 12.

como ha ocurrido a lo largo de la historia de la salvación, una levadura purificada y que pueda fermentar la masa, signos como la reducción de nuestras comunidades y las dificultades para vivir la fe en muchos ambientes, rayando el martirio, no puede tener una lectura calamitosa sino evangélica, desde este convencimiento permanecemos fieles a Cristo. Hay que recuperar la conciencia del martirio, del testigo que da la vida sin importar gastarla, un mártir vivo⁵¹. El cristianismo es siempre un camino alegre pero no es un camino fácil.

7. Uno de los frutos de esta eclesiología eucarística supone tener unos criterios básicos, evangélicos y que respondan a la realidad para afrontar la evangelización, en este sentido deberíamos aprender de los movimientos apostólicos en cuanto a su capacidad de hacer todos a la vez, y tener unos criterios más unificados. Por otro lado, detalles tan concretos como la falta de criterios comunes en cuanto a la catequización, la administración y celebración de los sacramentos, y el caso escandaloso de la organización de la economía, basada en el cobro de los sacramentos, o la difícil organización de una economía global diocesana, son indicios de una multicefalia, un *laissez-faire* confundido con el libertinaje, y una ausencia clara de comunión en los duros trabajos del Evangelio.⁵²

Como consecuencia de ello la eclesiología de comunión, necesaria para poder vivir en Eucaristía permanente. Es una realidad posible, que nos lleva a clarificar:

⁵¹ “Mártir no significa muerto por la fe, sino testigo de la fe, a veces en modo heroico incluso sin perder la vida, incluso donde no hay persecución, vivir la coherencia con el Evangelio conlleva siempre un alto precio” Benedicto XVI, comentario en la fiesta de San Esteban, 26-XII-05. ABC 27-XII-05, p.48.

⁵² En todas estas reflexiones queda el eco del Sínodo hispalense de 1973, que nuestro benemérito sacerdote obrero Gabriel Díaz López se encarga a tiempo y a destiempo que no lo olvidemos. Y cuyas intuiciones y propuestas –las del Sínodo– son de impresionante actualidad.

1. La Iglesia existe para evangelizar, para entregar a Dios, para que los hombres descubran a Dios en sus vidas, por tanto, es tarea de todos, como si fueran una ‘eucaristía’, la labor de la evangelización. No corresponde a los laicos, ni a los pastores, corresponde a la Iglesia, y este trabajo se realiza de forma solidaria⁵³.
2. Para ello hacen falta modelos eficaces, la forma de trabajo solidario del obispo con sus presbíteros, y más concretamente con sus vicarios, harán del Consejo Episcopal un lugar modélico de trabajo. En este sentido la revitalización y desarrollo de la dinámica del Consejo Pastoral Diocesano puede ser un lugar para la oración, reflexión y búsqueda de la creatividad en la realización de los planes pastorales y desarrollo de nuevos métodos. Una curia trabajando en común, oyente de la realidad y servidora de la diócesis dará frutos de comunión. Simultáneamente, el funcionamiento de los consejos pastorales como auténticos motores y dinamizadores de la vida parroquial, como lugares de oración, reflexión y trabajo por la evangelización, pueden ir creando un estilo de ser Iglesia más comunitaria, donde se cuestione ¿qué quiere Dios de nosotros? ¿cómo podemos servir mejor a la evangelización?⁵⁴
3. Este modelo es el que se debería extrapolar a los arciprestazgos. La falta de sacerdotes impacta al rol sacerdotal y a la organización del trabajo pastoral. Dicha escasez no debe ser negada o minimizada, pensando que va a tener

⁵³ Se comprende fácilmente que “los seglares también pueden sentirse llamados o ser llamados a colaborar con sus Pastores en el servicio de la comunidad eclesial, para el crecimiento y la vida de ésta, ejerciendo ministerios muy diversos según la gracia y los carismas que el Señor quiera concederles” (Catecismo... 910), citado en AMIGO VALLEJO, C., *Que sean uno para que el mundo crea*, BOA octubre 2006 (III) tomo CX-LVII n° 2237, p. 768.

⁵⁴ Amigo Vallejo, Carlos, *El arciprestazgo*, separata del BOA de Sevilla, febrero 1988, punto 8.

alguna solución próxima, y que, por tratarse de una situación temporal, se puede resolver si los sacerdotes trabajan más. Tales actitudes no hacen más que empeorar la situación. En este sentido, es preciso alentar formas de organizar mejor el trabajo pastoral y delegar tareas en diáconos, religiosas y laicos, no como una solución paliativa y temporal, sino como una oportunidad para encarnar, de modo más permanente, una eclesiología de comunión.

4. Esta es la excusa perfecta para trabajar de forma solidaria en los arciprestazgos, sustituyendo la coordinación por la comunión. Se trata de enriquecernos, sin olvidar la comunidad parroquial, organizar de forma arciprestal el trabajo de la evangelización. La elección de arciprestes adecuados que dinamicen y trabajen en equipo, con tiempo práctico, que faciliten pistas, medios,... con tiempo práctico para estas tareas. El arciprestazgo debe ayudar a la capacitación de los sacerdotes y laicos para el trabajo en común. El desarrollo de los consejos arciprestales como lugar no solo de información, sino de reflexión y trabajo, en común nos llevará al enriquecimiento mutuo.
5. La realidad arciprestal tiene hoy sentido especialmente en pueblos cercanos donde en muchos casos da la impresión (¿solo impresión?) de que cada uno hace lo que le parece, y aunque los directorios no son dictatorios, cada uno interpreta la forma de actuar tan libremente que supone piedra de escándalo y división entre parroquias⁵⁵.
6. El retroceso, en este sentido de comunión, lo notamos en el hastío de estructuras, en el sentimiento de que nada vale, en la reducción a lo inmediato que es lo que tengo en mi parroquia, el miedo a que se descubran mis limita-

⁵⁵ *Id.*, *El arciprestazgo*, separata del BOA de Sevilla, febrero 1988, punto 11.

ciones, el cansancio ante lo creativo, la sensación de que siempre estamos empezando (no es un empezar de nuevo teórico, pero sí práctico)... y convertimos el trabajo pastoral en individualismos, o en dominio de pequeños grupos.

7. Para poder desarrollar una eclesiología de comunión debemos empezar a creer en ella, en primer lugar los obispos y sus colaboradores inmediatos, y que crean en ella significa que demuestren que están dispuestos a trabajar con este sentido eclesiológico, e impregnar del mismo a sus diócesis.
8. Junto a los obispos, los sacerdotes deben estar impregnados de esta eclesiología que brota del Concilio y que la Iglesia desarrolla posteriormente. Es necesario preguntarse ¿qué sacerdotes tenemos? ¿qué sacerdotes necesitamos? La respuesta es obvia, necesitamos santos sacerdotes, pero esto vale para los laicos: necesitamos santos laicos. No se trata de insistir tanto en la diferencia ministerial con respecto al laico, sino en la necesidad de trabajar juntos por la evangelización. El presbítero está llamado a saber animar, coordinar, motivar y trabajar junto a la comunidad a la que sirve, en este sentido será básica la formación sacerdotal para preparar un ministerio acorde con la sociedad en la que estamos.
9. En el área de las habilidades y conocimientos vinculados al oficio sacerdotal, la formación sacerdotal debería apoyar las dificultades que tienen muchos sacerdotes para poner en práctica una acción pastoral orgánica imbuida de la eclesiología de comunión, atendiendo también a sus demandas por formación en materias de planificación y organización de equipos del trabajo pastoral, capacidad para ejercer un liderazgo efectivo y enraizado en el modelo del Buen Pastor, de hacer equipo, de confiar, delegar y “desaparecer”. Hay como un desconocimiento de la organización pastoral de lo diocesano, o falta comprensión, y

se trabaja solo dentro del límite de lo inmediato, que es la parroquia; incluso faltan recursos y experiencia pastoral que posibiliten al sacerdote el desarrollo de su tarea pastoral, creando así un miedo o desidia a la creatividad.

Debemos tener presente que una parte importante de la sensación de agobio se relaciona con una formación deficitaria en materia de planificación y organización del trabajo pastoral. Más allá de ciertos valores y actitudes, la formación debe enfocarse a la *kénosis*, el despojo, el anonadamiento, para seguir, no la propia voluntad, sino la voluntad de Aquel que nos ha escogido, negándose a sí mismo y edificando su fortaleza desde su propia debilidad.

Nos sentimos por tanto Pueblo de Dios, y esto tiene para nosotros consecuencias inmediatas:

1. Al utilizar el concilio el término pueblo de Dios para designar a la Iglesia, quiere resaltar lo siguiente⁵⁶:
 - Tomar este concepto como punto de partida para revalorizar la comunidad y el pueblo como elemento característico de la Iglesia. La Iglesia es un pueblo y todos somos miembros de él, todos somos en este sentido, laicos; es decir, pertenecemos al pueblo, que es la Iglesia, no hay cristiano sin sentido eclesial.
 - Resaltar que la igualdad existencial y antropológica es anterior a la diversidad de funciones, carismas y estructuras o ministerios.
 - Poner de manifiesto el carácter misional y mesiánico de la Iglesia. La Iglesia es un germen de unidad y de esperanza, en consecuencia, la Iglesia –como ya hemos referido– no puede encerrarse en ghetto, ante las ideas anti-

⁵⁶ *Lumen Gentium* 9, 14-17.

cristianas de la sociedad, sino que tiene que evangelizar esta sociedad como afirma y desarrolla la *Gaudium et Spes*.

- Reelaborar el concepto de catolicidad, que resalta la función cósmica y considera a la iglesia como pléroma de Cristo. Catolicidad indica relación con el mundo, implica la exigencia de una adaptación constante a los diversos pueblos, sociedades y culturas, asumiendo todo lo bueno de éstos. La unidad católica exige pluralidad, y es lo más opuesto a uniformidad.
2. Nuestra historia, nuestro presente, nuestro futuro están vinculados al Padre, que por puro amor lo creo todo, que nos ha hablado a través del Hijo de forma definitiva, y que junto con el Espíritu impulsan a la Iglesia en la tarea evangelizadora. Somos Pueblo de Dios, nuestros pies están clavados en la tierra, pero los ojos fijos en el cielo. Y por ello debemos ser realistas, plantear una eclesiología de comunión en el Pueblo de Dios no es algo que se consigue de forma inmediata, no es algo que se haya inventado ahora, ya se llevan años de esfuerzo, pero si es necesario seguir insistiendo en ello, sabiendo que nuestra meta definitiva está en la plenitud que nos dará Cristo al final de los tiempos, pero con un hondo sentido de responsabilidad con la historia que vivimos.
 3. Ofrecemos lo que hemos recibido que es Cristo: todas las tareas pastorales deben estar subordinadas al tesoro que llevamos en vasijas de barro, y a anunciar a tiempo y a destiempo a Cristo. Los sacerdotes somos vasijas de barro, con quebraduras y errores, y por ello el excesivo individualismo que muchos sacerdotes refieren, es también una falta a la caridad, que no sólo compromete el bienestar y la salud del clero, sino también de los laicos y sus comunidades. Muchas veces una crisis o un problema personal no se refleja, en primera instancia, como un malestar subjetivo, sino en malos tratos de parte de los sacerdotes, en reacciones desmedidas, en decisiones arbitrarias, etc., que hacen daño a

la comunidad eclesial. Es importante que los sacerdotes y las comunidades cuenten con orientaciones sobre qué hacer ante éstas y otras situaciones difíciles, y por supuesto, contar con redes de apoyo profesional para los sacerdotes que están atravesando una crisis, que presentan algún trastorno psicológico, o que están generando problemas graves en la convivencia comunitaria o en su trabajo pastoral. No se puede valorar a las personas por la eficacia, pero si acompañarlas, orientarlas, situarlas de tal manera que no hagan crecer a la comunidad en su juventud, y destruirla en su senectud. Habrá que reflexionar sobre como se afrontan los problemas derivados de estas situaciones, para no estar esperando a que el sacerdote decida dejar la parroquia, esperando a que muera, o quemando vicarios parroquiales.

Esta reflexión, tan incompleta como se puede apreciar, solo supone una reflexión sobre las metas a alcanzar, pretende provocar el enriquecimiento, el que podamos plantearnos cuales están superadas y cuales nos faltan. La eclesiología no es un capítulo cerrado, sino abierto, pero abierto al enriquecimiento. Como el concilio nos llamaba al aggiornamento, a saber dar respuesta a la realidad desde Cristo, hoy estamos llamados por el Padre, desde lo que nos une, que es Cristo y la Iglesia como instrumento del Espíritu, a dar respuesta a nuestra realidad. Estamos en un tiempo en que hay que distinguir entre lo fácil y lo correcto. Lo correcto es lo que nos enraíza en Cristo y con la Iglesia, pero podemos irnos a lo fácil. Debemos tener claro lo que es correcto para eliminar lo fácil. Todo lo que se salga del espíritu de la Encarnación nos llevaría a un error, distinguir esto será una tarea a clarificar dentro de la Iglesia. Y todo esto lo viviremos con un espíritu de esperanza, algo nuevo está brotando, ¿no lo notáis?, como siempre Dios revelándose, rehaciendo, encarnándose, haciendo Pascua y conversión en todo lo que se hace presente.

En ningún momento podemos ser profetas de calamidades, como si todo estuviera mal o estuviera por hacer, es mu-

cho lo que se ha trabajado, lo que se lucha, y los signos de esperanza. Todas estas metas a alcanzar están dentro del marco de unos sacerdotes que luchan por su santidad, que sirven hasta gastarse, y cuyas enfermedades, taras y pecados provienen en tantos casos de las situaciones pastorales en las que están dando la vida. Cada uno de ellos son una teofanía del amor de Dios, pero reflexionar sobre nuestra realidad, es plantarse ante lo que nos falta, para que no nosotros, sino Cristo pueda ser conocido con mayor claridad. No somos nosotros la luz, sino la lámpara que protege la luz, y por tanto, cuanto más transparente seamos, mejor alumbrará Cristo.⁵⁷

6. BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV., *Concilio Vaticano II*, BAC, ed. De la CEE, 2ª ed., Madrid 1980.
- AA.VV, *Sínodo extraordinario de 1985, Relación final* http://www.vatican.va/roman_curia/synod/documents/rc_synod_20050309_documentation-profile_sp.html(en línea).
- ALBERIGO, G., *La curia y la comunión de las iglesias*, en «*Concilium*», 147 (1979) p. 53.
- *Id.*, *Istituzioni per la comunione tra l'episcopato universale e il Vescovo di Roma*, en «*Cristianesimo nella storia*», 2 (1981) pp. 246 s.
- AMIGO VALLEJO, C., *Sembrador de la palabra y la misericordia*, BOA de Sevilla Octubre 2005.
- *Id.*, *Evangelización y Pastoral*. Ed. PPC, 1995.
- *Id.*, *El Consejo Pastoral*. Edición propia, Sevilla 2001.
- *Id.*, *¡Tú eres Dios! El Credo que ha dado sentido a mi vida*. DDB, Bilbao 2001.

⁵⁷ Hubiera sido muy enriquecedor haber podido utilizar la exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum Caritatis*, así como los lineamientos del Sínodo sobre la Palabra de Dios, que se celebrará en 2008, pero no estaban en el momento de la conclusión de este trabajo.

- *Id.*, *Cien respuestas para tener Fe*. Ed. Planeta, Barcelona 1999.
- *Id.*, *Humanismo y Esperanza*. BAC, Madrid 1999.
- *Id.*, *La Eucaristía en la vida de nuestra Iglesia*. Edición propia, Sevilla 2005.
- *Id.*, *El día a día de la fe*. Editorial “La Esfera de los Libros”, Madrid 2006.
- *Id.*, *El perfil misionero del sacerdote diocesano*, C.E.E., Edice, Madrid 1999.
- *Id.*, *Que sean uno para que el mundo crea*, BOA de Sevilla, octubre 2006 (III) tomo CXLVII n° 2237
- *Id.*, *El arciprestazgo*, separata del BOA de Sevilla, febrero 1988.
- *Id.*, *El año después*, separata del BOA de Sevilla, enero 2001.
- ASOCIACIÓN DE EDITORES DEL CATECISMO, *Catecismo de la Iglesia Católica*, I Parte, 2 Sección, cap. 3, art. 9: Creo en la Santa Iglesia Católica. 5ªed., Madrid 1995.
- AYMANS, P.W., *Die Communio Ecclesiarum als Gestaltgesetz der einen Kirche*, en «Archiv für katholisches Kirchenrecht», 139 (1970) p. 84.
- BANDERA, A., *La vocación cristiana en la Iglesia*, Madrid 1988, p. 233
- BAGU, S., *La idea de Dios en la sociedad de los hombres*, Ed. Siglo XXI, México 1989.
- BERGER, P. L., *El dosel sagrado. Elementos para una sociología de la religión*, Ed. Amorrortu, Buenos Aires 1971.
- *Id.*, *Para una teoría sociológica de la religión*, Ed. Kairós, Barcelona 1998.
- BUENO DE LA FUENTE, E., *Eclesiología*, Sap. Fidei, B.A.C. Madrid, 2000.
- CALERO, A. M^a., *María, en el misterio de Cristo y de la Iglesia*, CCS, Madrid 1990.
- CERETI, G.-L. SARTORI, *La Curia en el proceso de renovación del papado*, en «Concilium», 108 (1975) p. 275.
- CERFAUX, L., *La Theologie de l'Eglise suivant saint Paul*, Cerf, Paris 1965; *La Iglesia en San Pablo*, Descleé de Brouwer, Bilbao, 1963.

- CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Declaración *Mysterium Ecclesiae**, en «L'Osservatore Romano», 24-VI-1973.
- CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta «Communio notio»*, 28-V-1992; A un año de la publicación de la «Communio notio», en «L'Osservatore Romano» (23-VI-1993).
- COLLANTES, J., *La Iglesia de la Palabra*, 2 vol., BAC, Madrid 1972.
- CORECCO, E., *Iglesia particular e Iglesia universal en el surco de la doctrina del Vaticano II*, en AA.VV., «*Iglesia universal e Iglesias particulares*». IX Simposio internacional de teología de la Universidad de Navarra, Pamplona. 1990, pp. 81-99.
- DE LUBAC, H., *Les églises particulières dans l'Église universelle*, Aubier-Montaigne, Paris 1972; *Las Iglesias particulares en la Iglesia universal*, Sígueme, Salamanca 1974.
- *Id.*, *Meditación sobre la Iglesia*, Encuentro, Madrid 1984.
- DEL PORTILLO, A., *Fieles y laicos en la Iglesia*, Eunsa, Pamplona 1969.
- DOMÍNGUEZ, J.A., «Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo, Templo del Espíritu. Las interpretaciones posconciliares del tema», en Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo, Templo del Espíritu Santo (XV Simposio Internacional de Teología. Univ. de Navarra), Pamplona, 1996, pp. 57-97.
- DUCH, L., *Antropología de la religión*, Publicacions l'Abadia de Montserrat, Barcelona 1997.
- FAYNEL, P., *La Iglesia*, 2 v., Herder, Barcelona 1973.
- FITZMYER, J.A., *Teología de san Pablo*, Cristiandad, Madrid 1975.
- FEBVRE, L., *Martín Lutero. Un destino*, Ed. F.C.E., México 1992.
- *Id.*, *La Iglesia de la Trinidad*, Sígueme, Salamanca 1996.
- FRANK, I.W., *Historia de la Iglesia medieval*, Herder, Barcelona 1988.
- GARAUDY, R., *La alternativa*, Edicusa, Madrid 1973.
- HAMER, J., *La Iglesia es una comunión*, Estela, Barcelona 1965.

- HÄRING, B., *Chiedere l'opinione di vescovi e teologi*, en «*Il Regno*», 34 (1989)1-4
- HERRANZ, J., *Studi sulla nuova legislazione della Chiesa*, en “*Ius Canonicum XXXI*” (1991) 381-385.
- JUAN XXIII, *Pacem in terris*, 23-24. http://www.vatican.va/holy_father/john_xxiii/encyclicals/documents/hf_jnxxxiii_enc_11041963_pacem_it.html (en línea).
- JUAN PABLO II, *Exhortación Apostólica Catechesis Tradenda*, ed. Paulinas, Madrid 1979.
- *Id.*, *Encíclica Slavorum Apostoli*. En memoria de la obra evangelizadora de los santos Cirilo y Metodio después de once siglos, ed. Paulinas, Madrid 1985.
- *Id.*, *Encíclica Redemptoris Missio*. Sobre la permanente validez del Mandato Misionero, ed. Paulinas, Madrid 1990.
- *Id.*, *Christifideles Laici*, http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/apost_exhortations/documents/hf_jp-ii_exh_30121988_christifideles-laici_sp.html, (en línea).
- *Id.*, *Tertio Millenio Adveniente*, http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/apost_letters/documents/hf_jp-ii_apl_10111994_tertio-millennio-adveniente_sp.html, (en línea).
- *Id.*, *Ut unum sim*, http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_25051995_ut-unum-sint_sp.html (en línea).
- *Id.*, *Ecclesia de Eucaristia*, http://www.vatican.va/holy_father/special_features/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_20030417_ecclesia-eucharistia_sp.html (en línea).
- *Id.*, *Carta apostólica Novo Millennio Ineunte*, ed. Paulinas, Madrid 2001.
- *Id.*, *Discurso a los miembros de la asamblea plenaria del Pontificio Consejo para los Laicos*, en “*L'Osservatore Romano*”, 14-V-1992, 3.
- *Id.*, *Discurso a los participantes en el II Coloquio internacional de los movimientos eclesiales*, Rocca di Papa, en “*L'Osservatore Romano*”, 2-III-1987, 2.
- *Id.*, *Alocución a las organizaciones nacionales del laicado*, México, en “*L'Osservatore Romano*”, 29-I-1979.
- *Id.*, *El compromiso apostólico de los laicos en sus formas*

- individual y asociada*, en “L’Osservatore Romano”, 23-III-1994.
- MENSAJE DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS AL PUEBLO DE DIOS, *Sínodo sobre los laicos*, Propositiones finales, Ed. Paulinas, Madrid, 1987.
 - KASPER, W., “Unidad y pluralidad de aspectos de la Eucaristía”, en *Teología e Iglesia*, Barcelona, 1989, pp. 434-440.
 - Id., Iglesia como communio. Consideraciones sobre la idea eclesiológica directriz del Concilio Vaticano II, en *Teología e Iglesia*, Barcelona, 1989, 398-400.
 - KAUTSKY, K., *Orígenes y fundamentos del cristianismo*, Sígueme, Salamanca 1974.
 - LEON XIII, *Rerum novarum*, 35.
 - MARTINA, H., *La Iglesia de Lutero a nuestros días*, Cristiandad, 4 vols., Madrid 1974.
 - MÖHLER, J.A., *La unidad en la Iglesia*, Universidad de Navarra-Ed. Eunsa, Pamplona 1996.
 - MORA Gaspar, *La Carta a los Hebreos como Escrito Pastoral*, Barcelona, 1974.
 - OVIEDO, L., “Religión e Iglesia en las sociedades avanzadas: transacciones sin fin”, *Razón y fe*, Vol. 245 (2002) 339-353.
 - PANIKULAM, G., “Koinonia in the New Testament. A Dynamic Expression of Christian Life”, *Analecta Biblica*, 85, Roma, 1979
 - PHILIPS, G., *L’Église et son mystère au IIe Concile du Vatican: Histoire, texte et commentaire de la constitution Lumen gentium*, Desclée, Paris 1968; *La Iglesia y su misterio en el Concilio Vaticano II*, Herder, Barcelona 1968, 2 v. PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, PPC, Madrid 1977.
 - PIÉ I NINOT, S., *Introducción a la eclesiología*, Verbo Divino, Estella 1995
 - PIO X, *Vehementer nos*, [http:// www.mercaba.org/ PIO X/ vehementer_ nos_ esse_ sollicitos.htm](http://www.mercaba.org/PIO_X/vehementer_nos_esse_sollicitos.htm) (en línea).
 - PIO XI, *Quadragesimo anno*, 30, [http://www. multimedios.org /docs /d000366](http://www.multimedios.org/docs/d000366).
 - RATZINGER, J., *Iglesia, ecumenismo y política*. Nuevos

- ensayos de eclesiología, Madrid 1987, p. 88.
- Ib., *El camino pascual*, Madrid, 1990, págs. 114-120.
 - Ib., *Teoría de los principios teológicos*, Herder, Barcelona 1985, p. 62.
 - Ib., “¿Por qué permanezco en la Iglesia?”, en Hans Urs von Balthasar y Joseph Ratzinger, *¿Por qué soy todavía cristiano? ¿Por qué permanezco en la Iglesia?*, Sígueme, Salamanca 1974, p. 59.
 - RODRIGUEZ, P., *Iglesias particulares y Prelaturas personales*, Pamplona 1986, p. 158.
 - ROSSI, O., *Le tappe della preparazione della Costituzione Apostolica «Pastor Bonus»*, en «L'Osservatore Romano», 8.III.1988, pp. 1 y 4.
 - ROVIRA, *La función del papado a la luz de la Teología: Iglesia viva* 83 (1979) 457-471.
 - SAN AGUSTÍN, “La ciudad de Dios y Las Confesiones”, en *Obras de San Agustín*, B.A.C., Madrid 1978, Vol. XVII.
 - SAN IRENEO, *Adversus Haerexes*, IV, Biblioteca de Patrística, Ciudad Nueva, Madrid 1980.
 - SCHATZ, K., *El primado del papa. Su historia desde los orígenes hasta nuestros días*, Sal Terrae, Santander 1996.
 - SCHMAUS, M., *Teología Dogmática*, t. IV: La Iglesia, Rialp, Madrid 1960.
 - TILLARD, J.M.R., *El Obispo de Roma. Estudio sobre el papado*, Santander 1986, p. 60.
 - THEISSEN, G., *Estudios de sociología del cristianismo primitivo*, Sígueme, Salamanca 1985.
 - VILANOVA, E., *Historia de la teología cristiana II*, Herder, Barcelona 1989.
 - Villegas, B., “La teología en la relación ‘Iglesia-sociedad’”, en: *Teología y Vida*, Vol. XXXVI (1996) 161-168. 161.
 - VON BALTHASAR, H.U., *Teológica 3. El Espíritu de la Verdad*, Madrid, 1998, pp. 253ss.
 - *Id.*, *Puntos centrales de la fe*, BAC, Madrid 1985, p. 86.